

DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE MONISTROL, CONDE DE SÁSTAGO,

el día 10 de Mayo de 1868.

MADRID
IMPRESA DE MIGUEL GINESTA
calle de San Martín, número 1.
1868



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE MONISTROL.

SEÑORES:

En vano trataria de disimular la satisfaccion de que me hallo poseido al considerar, que desde hoy en adelante; aunque sin ninguno de los legítimos títulos que á todos los demas han franqueado las puertas de esta ilustre Academia, he de ser contado en el número de sus individuos, contrayendo desde luego el grave compromiso de contribuir, con mis escasas fuerzas, á los importantes fines de su instituto. Para todos vosotros, dignísimos Académicos, esta especie de profesion, esta consagracion de vuestros talentos al cultivo, desarrollo y esplendor de las *Bellas Artes*, no era otra cosa que aplicacion de estudios y trabajos hechos de antemano, acerca de una materia tan digna y de tan importante trascen-

dencia. Para mí, por el contrario, es voto de estudio y laboriosidad, de aplicación incansable, hasta adquirir los conocimientos que se suponen, pero que no se dan y comunican, como el título, al Académico elegido.

Mucho espero, sin embargo, del frecuente íntimo trato con tantos varones distinguidos, que en vano intentarían ocultar ni reservar el caudal reunido á fuerza de lectura, de meditación y experiencia. Porque es indudable que en estas elevadas Corporaciones científicas reina una como atmósfera de cultura, de que participan cuantos en su recinto respiran; un aroma de arte indefinible pero delicioso, cual el que en un vergel se aspira, confundándose en uno solo los mil perfumes de las matizadas flores.

Enemigo de toda especie de exageraciones, hasta de la que produce una estudiada modestia, debo confesar que no es ahora cuando nace y se desarrolla en mí el gusto por las Bellas Artes; sino que desde la niñez he gozado de su alhago, sin conseguir saciar nunca mi espíritu, aunque haya procurado indagar la razón del embeleso y entusiasmo que producen sus magníficas creaciones. El amor á las obras de arte ha sido en mí ingénito, irresistible, casi pudiera decir que orgánico: de hoy más, con vuestros ejemplos y consejos espero adquirir sólida doctrina, buen gusto y reflexivo juicio.

Al juzgar de las producciones de las Bellas Artes, ejercicio no sólo recreativo sino moralizador y verdadera higiene del alma, todos, además de las reglas, llevamos el criterio que nos da la naturaleza, haciéndonos admirar lo sencillo, lo enérgico, lo oportuno, lo expresivo, y despreciar lo afectado, lo frío, lo extravagante. Rara vez nos equivocamos en nuestros fallos, y cuantos más siglos pasan, más depurado queda lo que merece el nombre de sublime.

Algo semejante acontece con las obras de arte; pero este criterio es más absoluto y más certero, generalmente hablando, que el literario. Las obras de arte tienen para ser juzgadas ocasión más universal: la competencia para estos juicios se encuentra en todos los individuos de la especie humana, con el particular privilegio de no tener que razonar ni fundar sus fallos, y de dictarlos á consecuencia de impresiones, que no resisten generalmente el análisis crítico.

Todavía, cuando el vulgo es llamado á juzgar de las obras de la escultura ó de la pintura, parece que se recoge á recordar ó imaginar cómo ejecuta la naturaleza las mismas escenas ó grupos; y tan pronto como se satisface de que el pintor ó el escultor comprendió el pensamiento, ó copió con exactitud aquel modelo, así pronuncia su censura, ó aprueba y admira.

Pero de qué manera influyan las obras de arquitectura en la imaginación de ese mismo vulgo, es fenómeno por demás curioso, y que se ofrece á cada momento á los ojos del observador. No basta la grandeza, ni la extensión ni lo precioso de la materia, ni su difícil y paciente ejecución: con todas estas circunstancias, ese vulgo, que al cabo es la inmensa mayoría de la humanidad, suele contemplar un edificio hasta con desden, no dignarse repetir su mirada, y volver indiferente la espalda á toda aquella grandeza y magnificencia.

Por el contrario, presentad, no al vulgo, á la estupidez misma de improviso ante ciertas construcciones, y el efecto puede llegar á ser tal, que pasando los límites del entusiasmo toque en los del enajenamiento. Poned, repito, de improviso al ser ménos poético, ménos artístico, ménos sensible, ante construcciones como el acueducto de Segovia, ó el interior de la catedral de Sevilla, y la sensación será tan viva que no la experimentaria, ni análoga siquiera; el profesor, el sabio, el hombre más consumado en estética y en erudición artística. Permittedme citaros un ejemplo recientemente observado en Sevilla.

Un hombre, en estado casi pudieramos decir salvaje, trasladado á España con su señor, entró, guiado por éste, en aquella grandiosa catedral. Al

elegir su mirada á las atrevidas bóvedas, se estremeció, flaquea, una sensación, no sé si diga de asombro ó de terror, se apodera de todo su ser, y tiene que extender las manos, y buscar apoyo en aquellos mismos majestuosos pilares, para no caer enteramente desvanecido. ¿Qué es esto...? ¿Cómo llamaremos á ese efecto producido por la simple colocación de unas piedras, labradas por la mano del hombre...?

No tiene término en el lenguaje humano: sin embargo, aquella admiración, aquel desvanecimiento, aquel terror ó placer del salvaje, que no podemos definir, es más significativo que las acordes alabanzas de todos los eruditos.

El acueducto de Segovia ha producido con frecuencia efectos análogos: al aparecer ante los asombrados ojos de personas sencillas, en su verdadero punto de vista, en el enlace de dos opuestas colinas, no sabiendo cómo demostrar de otro modo su asombro, los que le contemplaban cayeron de rodillas, sin acertar á concebir que el hombre, con el solo auxilio de la ciencia, pudiera realizar tal maravilla.

¿Cabe fingimiento ni error en juicios dictados con tal candidez, con tan incorruptible imparcialidad? No, ciertamente; ni apelación tampoco de unos fallos, que descubren lo que la humanidad siente al contemplar los prodigios de la arquitectura.

Trivial es todo esto, lo conozco; y no se necesi-

taban ejemplos para demostrar que hay una magia irresistible en ciertas creaciones, particularmente de la arquitectura, y que de ellas juzga atinadamente, aunque sin saberlo, cualquier individuo de la especie, con la misma certeza y uniformidad con que todos apellidamos hermoso al arco-iris, ó á la luna cuando se levanta sobre el horizonte majestuosa en una noche serena, al lado opuesto por donde desapareció lentamente el padre de toda luz, la vida de toda hermosura.

Pero en estos instantes un deber tristísimo y grato á la vez, me recuerda, por ese misterioso encadenamiento de las ideas, que á veces hace que estén más próximas las que naturalmente deberíamos considerar como remotísimas, que al lado de la belleza de la forma está la belleza moral; y este pensamiento trae á mi memoria el recuerdo de algunos hombres, que pueden considerarse como verdaderos modelos para la humanidad.

Por desgracia, pero desgracia emanada de la esencia misma de la justicia, aguardamos á que esté cerrado el círculo de esas preciosas existencias para apreciarlas; y es que así no se mezclan en nuestros juicios ni el respeto, ni la parcialidad, ni la condescendiente benevolencia; y es que así juzgamos con acierto de una carrera, de una vida entera, teniendo presente no sólo su curso sino su término.

Sugiéreme estas ideas el recuerdo del Excelentísimo Sr. D. Antonio Remon Zarco del Valle, que tantos vacíos ha dejado en nuestras Corporaciones científicas, y muy particularmente en ésta, atendiendo á la grande distancia entre su nombre y el del que, por extraña combinacion, ha venido á sustituirle en la Academia, y á ser á la vez, aunque su sincero admirador, su poco digno panegirista.

Pocos hombres en nuestros dias han alcanzado tanta y tan envidiable celebridad en España y fuera de España: su mérito como militar está reconocido universalmente; y bien pueden acreditarlo sesenta años de continuos é importantísimos servicios, comisiones y mandos difíciles, que constituyen su preciosa vida, en una de las más útiles y mejor aprovechadas para la patria.

En medio de una existencia tan agitada, admira cómo pudo dedicarse tanto y con tal fruto al estudio, y mejor dicho, á todo género de estudios. Admira, lo repetimos, la generalidad y la solidez de sus conocimientos, hasta el punto de ser muy difícil encontrar en los tiempos modernos, ni en los antiguos tampoco, ejemplo de una vida tan bien aprovechada. Y el cielo se la concedió larga; y cada dia de ella se consideraba Zarco del Valle más comprometido á no desperdiciar ni un solo instante.... Por manera que al terminar su brillante carrera, pudo decirse que

dejaba acabada la tarea de muchos hombres insignes.

Así es que en los distintos mandos que desempeñó, en las diferentes corporaciones que dirigia, era tal el irresistible atractivo de su saber, que no hubo Cuerpo ni Sociedad científica, ni individuo en ellas, que imaginase más suave, más discreta, más decorosa presidencia que la suya. Su nombre inspiraba por sí mismo respeto, y así le vimos cargado de años, rendido de tantas fatigas, privado de la vista, presentarse cada dia más venerable, adivinar lo que los sentidos no le transmitian, y dirigir con tino y con aplauso, por una especie de infalible hábito, lo que apenas puede decirse que percibia ni presenciaba ya. Cuando así llega á conseguirse y apurarse hasta el último fruto que pueden producir ciertas existencias privilegiadas, y cuando éstas se duermen en el Señor, despues de haber difundido tanto bien, no hay derecho á llorar, ni á la manifestacion de una inútil pesadumbre. El homenaje que exigen de nosotros es sólo de eterna gratitud, de glorioso recuerdo. Por eso la Real Academia de Nobles artes de San Fernando, bien puede asegurarse que no cambiaria por ningun otro blason, el de haber contado entre sus sabios individuos á Zarco del Valle: tan brillante fué su carrera.

Necesitado estoy de vuestra benevolencia al empezar la mia, sin aspiraciones ambiciosas, y con la

sola confianza, de que vuestras superiores luces me guíen en el difícil estudio del arte.

Pero entre tanto, y puesto que una ineludible necesidad me obliga á hacer hoy, público, aunque modesto alarde de mis fuerzas, me permitireis, Señores Académicos, que ocupe brevemente vuestra atencion, examinando la influencia del cristianismo en la arquitectura de los siglos medios, para concluir que el arte ojival es el arte esencialmente cristiano.

SEÑORES :

Aspiracion del hombre á la perfectibilidad que perdió por su primera falta, el sentimiento de la belleza le agita sin cesar, y le conmueve, y le hace emprender diversas sendas, para llegar á la realizacion de la idea que su mente concibe, y que quiere traducir en sus obras. Harto comprende el espíritu humano, que el mejor tipo de la belleza es Dios; que la creacion es su símbolo; que lo creado es su forma; pero al querer, imitando á su Autor divino, formar tambien artísticas creaciones, ha tenido siempre que obedecer á las circunstancias que le rodean, revelando la manera especial de ser de la civilizacion que representa.

Por eso, y como el hombre es una admirable y

misteriosa union de espiritu y materia, hijo predilecto de la belleza suma, ha deseado siempre expresar el sentimiento de lo bello; y hechura escogida del Criador, ha querido crear tambien para imitar á su Hacedor divino. Desde los más remotos siglos la humanidad ha procurado representar la belleza, y crearla por medio de las diversas manifestaciones del arte; y como de todas ellas, la más compleja, la más sintética, la más expresiva, es la arquitectura, de aquí el que con razon pueda afirmarse, que la arquitectura es el gran libro de la humanidad.

Ella nos presenta la historia entera y el carácter del pueblo egipcio, con su misteriosa teogonía, con sus diferencias de castas, con su constitucion mitad sacerdotal, mitad aristocrática y guerrera; con su gran masa de poblacion consagrada exclusivamente á adorar á sus dioses y á los representantes de sus dioses, en sus templos, precedidos de colosales carneros y de esfinges, simbolizando á sus divinidades y á sus Monarcas deificados; como gigantesco árbol genealógico de la historia de sus Reyes, puesto á la entrada del edificio consagrado al culto; en sus altos obeliscos, narrando la historia de la edificacion; en sus *cellas* misteriosas, abiertas únicamente á la superior inteligencia de la raza sacerdotal; en sus paredes cubiertas de pinturas simbólicas, en que al lado de los dioses están los Reyes triunfadores, junto á la

ceremonia, las costumbres populares; y como asunto constantemente repetido, los individuos todos de aquella sociedad tan poderosamente constituida, conduciendo sobre sus espaldas los productos del trabajo, al templo ó al palacio, á sus Reyes ó á sus Sacerdotes.

Pueblo abismado en la contemplacion de lo infinito, que en vano pretende traducir en sus obras por más que se obstina en ello, se nos presenta tambien el indio, levantando piso sobre piso su gigantesca pagoda, que á pesar de su altura, propende siempre, con sus líneas rectas y horizontales, á oprimir la tierra sin conseguir elevarse al cielo.

Guerrero siempre, sacerdotal sin embargo, pero adorando á un Dios, que no concibe pueda encerrarse en obra humana, ordena el celta sus recintos sagrados, en las cimas de las montañas.

Creyendo encontrar la realizacion de la belleza en el estudio de las formas, el pueblo griego busca al Creador en lo creado, al artifice en su obra, y queriendo adorar á Dios adora al hombre. La forma constituye la esencia de su belleza; para realizarla, la estudia, la analiza, la descompone, la vuelve á combinar; su imaginacion ardiente y meridional lo simboliza todo, pero su inspiracion puramente humana, por más que embellece la naturaleza, nunca consigue hacer otra cosa en sus templos, que la tra-

duccion en mármoles de las primitivas cabañas de sus florestas.

Conquistador por sus ejércitos, conquistado á su vez por la mayor cultura de los pueblos á quienes vence, Roma, sin arte propio, funde y mezcla los elementos griegos con los etruscos, y combina un arte grandioso por sus proporciones, pero pequeño siempre por su idea.

En todos los tiempos la arquitectura ha sido la traduccion plástica del pensamiento humano; siempre sus líneas han escrito sobre la superficie de la tierra la historia de los pueblos. Por eso, desde que el cristianismo aparece levantando, como eterna y divina miliaria de los siglos de fe, la Cruz en la cima del Calvario, el arte, la arquitectura, que sintetiza todas sus manifestaciones, toma un carácter esencialmente distinto del antiguo; y por más que alguna vez refleje el recuerdo de la civilizacion pagana, siempre se ve en sus obras la tendencia al idealismo, el olvido de la forma para seguir la idea, la creencia, la pureza del dogma; que si el cristianismo en los primeros siglos tomó de las artes paganas los órdenes arquitectónicos, las formas generales, la parte material, en suma, en la parte moral, en la idea generadora de sus obras de arte buscó únicamente sus inspiraciones en la fe.

Las catacumbas de Roma son los monumentos

primitivos del cristianismo: formáronse desde los tiempos más remotos por la continua extraccion de la toba y la puzzolana: los edictos de los Emperadores obligaron á los primeros neófitos al trabajo de las canteras, llamadas *catacumbæ* ó *cryptæ*; y el lugar del trabajo convirtióse bien pronto en asilo de la oracion: en ellas refugiáronse los cristianos para ponerse al abrigo de las persecuciones: allí celebraban sus agapas¹, recibian el agua santa y rendian culto al verdadero Dios. Las cryptas de San Sebastian en la via Appia, las catacumbas de San Marcelo y San Saturnino, cerca de la puerta Salaria, nos muestran todavía el templo y el sepulcro de los primeros cristianos, semejantes á las basílicas en sus disposiciones generales, con gradas muchas veces al rededor donde se sentaban los fieles, con sitaliales en un ángulo para los Pontífices, y en el fondo el sarcófago cuadrangular de un mártir, origen verdadero de nuestros altares. En aquellas iglesias subterráneas que señalan la época primitiva del arte cristiano, tuvo éste origen y fundamento; y cuando más tarde pudieron edificarse iglesias, éstas se hicieron encima de aquellos venerados subterráneos, que con el nombre de *Confesiones*, dieron forma y origen á los primeros templos cristianos, apénas edificados

¹ Festines sagrados: agapæ.

cuando destruidos en los transitorios intervalos de insegura tranquilidad que gozaba la Iglesia.

Los primitivos cristianos no habían tenido, sin embargo, edificios especialmente destinados al culto: los Apóstoles los reunían en un aposento para celebrar la Cena, en conmemoración del acto sacramental instituido por Jesucristo: en sus peregrinaciones evangélicas predicaban la religión del Crucificado en las sinagogas, en las basílicas¹, en las casas; de suerte que, aún en el siglo III, Minucio Félix exclamaba: *delubra et aras non habemus*.

Humildes oratorios fueron los primeros contruidos para venerar la memoria de los mártires: en su sagrado recinto descansaban sus preciosos restos, en el mismo sitio donde fueron atormentados y donde entregaron su alma á Dios.

Hasta el reinado de Alejandro Severo los cristianos no tuvieron iglesias donde congregarse: este Príncipe, por un acto de tolerancia singular, les cedió al fin á Santa María in Transtevere, edificio cuyo primitivo destino cuidaron poco de disimular. Desde el Cenáculo, donde Jesucristo celebró la Pascua con sus discípulos, excepto en las misteriosas excavaciones de las catacumbas, no hallamos vestigio alguno de aposentos destinados al culto del verdadero Dios:

¹ Actas de los Apóstoles, XX.

es indudable que no existieron; y así se concibe, que en los últimos años del siglo II, exclamase Minucio Félix con celo verdaderamente evangélico: «¡Qué templos edificaremos á Aquél, á quien los cielos no pueden contener! Vale más levantarle un templo en nuestras almas, y prepararle un altar en nuestros corazones¹.»

Dos siglos después de la venida del Mesías, sus adoradores poblaban casi todo el imperio romano: Trajano miró receloso los progresos del nuevo culto, y temió la realización de un Estado dentro de su mismo Estado. Las persecuciones, lejos de intimidar á los discípulos de Jesucristo, excitaban su fe y su entusiasmo: Plinio el joven reconoció pronto que su destrucción era imposible.

Más tarde, y durante las treguas que las persecuciones daban á los cristianos, pudieron paulatinamente reunirse en los lugares públicos, y en las basílicas existentes, edificios civiles destinados á la administración de justicia y á la contratación; hasta que, concedidas definitivamente por Constantino paz y libertad á la victoriosa congregación cristiana, trataron de abrir templos para el culto público; y entonces, fijo el pensamiento de aquellos fieles en la adoración, en la manifestación externa de sus sentimientos.

¹ San Cipriano, l.^o 1666.

tos religiosos, cuidáronse poco de las formas, abstraídos únicamente en la idea.

De aquí, que utilizando edificios paganos, no se detuvieran aquellos primeros cristianos en buscar en el templo la traducción de su pensamiento creyente: la necesidad del culto público, la de que los fieles concurriesen á las sagradas ceremonias, era perentoria, apremiante; y de aquí, que sin parar mientes en lo desarmónico del conjunto, se agrupasen en un mismo edificio miembros de distintos órdenes, tamaños, formas y proporciones, como se ve todavía, entre otras, en las antiguas iglesias de San Pablo, San Esteban y San Lorenzo de Roma; de aquí que las columnas, ofreciendo casi siempre diversas alturas, no pudieran servir para sostener el cornisamiento rectilíneo, y tuvieran que bajar los arcos á buscar en los capiteles el punto de apoyo para su sostenimiento; de aquí que estos mismos arcos, perdiendo la antigua severidad de los edificios del imperio, tan pronto fuesen de medio círculo como escarzanos; de aquí los muros desnudos de ornatos, las sencillas techumbres de madera siguiendo las vertientes de los tejados, y los lisos cascarones y semicúpulas para cerrar los ábsides; el ligero y tosco diseño de los escasos adornos empleados en aquellas fábricas; y de aquí en una palabra, la falta de armonía que caracteriza los templos de los pri-

meros siglos de la libertad de la Iglesia, cuya manera especial de ser, se conoce con el nombre de *estilo latino*, porque en el imperio de Occidente fué donde tuvo su aplicación inmediata en multitud de monumentos.

El arte en esta época simbolizaba admirablemente el gran acontecimiento de la Iglesia. Sobre las ruinas del mundo pagano se elevaba triunfante el cristianismo: con las ruinas de aquella civilización caduca debía formarse el nuevo edificio de la civilización regeneradora.

Y no era sólo en el imperio de Occidente donde el arte seguía esta marcha: en la capital del imperio de Oriente, en la antigua Bizancio, arrasada por Septimio Severo, y reedificada por Constantino, que le dió su nombre y su trono, los discípulos del Salvador, en mucho mayor número que los paganos, levantaron por donde quiera iglesias cristianas, aprovechando los materiales, aunque no las formas de las construcciones antiguas.

Reconstruida casi del todo la risueña ciudad del Bósforo, por la enérgica voluntad del primer Emperador cristiano, los antiguos monumentos del paganismo eran escasos en número; y más poderosos los hijos de la fe en aquellos países, más en contacto con otras civilizaciones que les habían dado sus artistas, como sucedió á la Persia, de donde provenía el ar-

quitecto querido de Constantino llamado Metródoro, los fieles pudieron hallar fácilmente un nuevo estilo, que les apartase de los recuerdos paganos, aún cuando para ello tuviesen que destrozar y dar nuevas formas á los restos de las antiguas edificaciones.

De aquí, que las iglesias más ostentosas, más ricas, se cubran con bóvedas ó con cúpulas, cargando éstas sobre muros ó arcos; de aquí, que las columnas se adornen en sus fustes con formas geométricas, y los capiteles, separándose por completo de las toscas imitaciones de los órdenes clásicos, afecten la forma de una pirámide truncada inversa, con característicos adornos de líneas rectas y curvas, y cuando alguna vez se copien los corinthios, se haga desnaturalizándolos por completo; de aquí que los arcos semicirculares de Roma, afecten varias formas, y sean peraltados ó de herradura, apuntados rectilíneos, ó conopiales; de aquí las ventanas gemelas ó ajimeces, y los varios adornos de ataurique, impages, arciones, figuras geométricas, escamas y sembrados de flores; caracteres todos que están revelando el origen persa del estilo bizantino, y que aceptaron los cristianos de Oriente, porque hallando un arte nuevo al poblar de iglesias el imperio, lograban apartarse de todos los recuerdos paganos, que miraban con horror.

El sentimiento en ambos estilos es el mismo, aunque expresado en diferente forma. En Occidente

se funden las ruinas del arte romano para levantar los templos del cristianismo; en Oriente se hace más: se borra el recuerdo de las antiguas fábricas, y se forma un nuevo estilo para edificar los templos de la verdadera religion.

El arte cristiano, sin embargo, no se ha formado todavía: concentrado en el misticismo, en la creencia contemplativa, el cristiano aún no es creyente y arquitecto á la vez: todavía el templo no es la verdadera página de piedra, donde se traduce, se refleja, se estereotipa el sentimiento del artista. La idea contemplativa no ha descendido á la forma, para volver á subir por ella orando á Dios.

El cristiano de aquellos siglos necesitaba templos: los tuvo. Por entónces no pedia más el arte, que alejamiento del paganismo, recintos sagrados donde alzar sus preces, y altares para celebrar el incruento sacrificio.

Pero como no podia ménos de suceder, ambos estilos tenían que fundirse en uno solo, y dando vida á otro nuevo, buscar el ideal de la belleza artística en las formas de sus edificaciones. La Iglesia ya era completamente dominadora. Pasados los primeros momentos en que el odio á lo antiguo, y la necesidad del culto eran los poderosos móviles del arte, éste habia de buscar en la forma la simbolizacion de la idea. Y habiendo dado origen á un nuevo y fecundo

ornato, esencialmente cristiano, las teorías de los iconoclastas, que al quitar las imágenes, y al prohibir toda representación de figuras humanas, hizo que la escultura se refugiase en los capiteles, en las portadas, hasta en las fajas y en los canecillos de las cornisas, el arte propendió al engrandecimiento; y lanzándose en el camino de lo desconocido, parece como que presintió el momento solemne, en que, rompiendo con todas las viejas tradiciones, se elevase nuevo, poderoso, enérgico, y lanzase al espacio su creación admirable, como el símbolo que el arte escribía sobre la superficie de la tierra, como el permanente testimonio de su creencia, legado á las generaciones venideras.

La marcha del progreso humano era al mismo tiempo maravillosa. Una efervescencia interior, semejante á los sordos movimientos que pueblan de vapores los cráteres de los volcanes, notábase en toda Europa, al correr en su marcha precisa y rápida, pero provechosa y trascendental, los siglos oncenos y duodécimos. La inteligencia humana, tras negra noche de oscurantismo, empezaba á lanzar vívidos destellos. Las ciencias comenzaban á querer extenderse, con vuelo vivificador, sobre las nuevas sociedades, desde el cariñoso retiro donde la religión las dió su poderoso amparo. La poesía, tomando nuevo carácter, empezaba á expresar en armonías los místicos

sentimientos de los fieles, ó el entusiasta anhelo de la multitud, sedienta de victorias. Hasta la música, libertándose de la antigua notación, hallaba nuevos espacios en que poder modular su melódico idioma. El momento solemne del arte se acercaba.

Los edificios destinados al culto aumentan en proporciones. Ábsides semicirculares cierran sus naves: fajas resaltadas, cruzando de una á otra columna por la curva bóveda, la dividen en compartimientos: basas caprichosas sostienen los fustes de formas variadas, que reciben el capitel, vario también en sus adornos, donde la escultura se encarga de reproducir con frecuencia escenas del antiguo y nuevo Testamento, episodios de vidas de los santos y de sus milagros: los arcos afectan todas las formas del estilo bizantino, y á veces como mera ornamentación se enlazan sobrepuestos en los muros: la ventana gemela y el ajimez oriental, adornados con prolijas labores, alternan con otras de estrechos huecos á manera de aspilleras, ó con vanos redondos, cerrados con sencillos rosetones. El estilo *románico*, aunque siguiendo las tradiciones del latino y del bizantino, dejaba adivinar el gran instante de inspiración creadora, en que el arte realizase el tipo ideal de la belleza cristiana.

Lenta elaboración de cerca de diez siglos había formado el germen: una vez roto el primer brote,

ménos de medio siglo bastará para que se extienda el árbol gigante por toda Europa.

Y cosa digna de notarse: á pesar de la mayor dificultad que ofrecen las combinaciones de piedra, mejor y ántes han de traducir la idea que las combinaciones de palabras. Poetas y artistas recibían la inspiración de una misma fuente, é iguales tendencias les animaban; y sin embargo, como acertadamente escribe un elegante historiador contemporáneo ¹, «miéntras que las formas inciertas del romance vulgar y su estructura y su sintáxis, y su misma rusticidad y pobreza encadenaban los ímpetus del poeta, sólo necesitaba el artista para dar rienda suelta á los suyos fuerza de voluntad, arrojo en concebir, paciencia en ejecutar. La voluntad de un pueblo estaba siempre dispuesta á sostenerle con todos sus esfuerzos, al materializar, por decirlo así, sus concepciones en las moles de piedra, consagradas por la piedad á los héroes, los dogmas y los misterios del cristianismo.»

A medida que se aproximaban los últimos años del siglo XII, el arte, progresivo y emprendedor, avanzaba rápidamente, hácia el completo desarrollo de su aspiración cristiana. Ya en los edificios de este período empezamos á ver muchos de los elementos que

¹ Caveda.

habían de constituir los principios generadores del arte cristiano. Además de los indicados, que caracterizan el estilo románico, los nervios adornando las bóvedas y embelleciéndolas, el sistema de arbotantes, los portales abocinados, y de arcadas graduales, los grandes vanos aligerando la pesada mole de las paredes, las arcadas superpuestas para dar mayor elevación á las naves, la tendencia á la forma piramidal, aunque todavía dentro del carácter bizantino; elementos son todos, que caracterizando este período, con razón llamado de transición por muchos escritores, se presentan al observador como los albores del nuevo día, que en breve ha de lucir para el arte.

Monumentos de este período nos lo atestiguan, así en el extranjero como en nuestra patria; y sin hacer alarde de innecesaria erudición, me contentaré con indicaros, Señores Académicos, la Colegiata de Toro, las catedrales de Salamanca y de Zamora, y sobre todo la magnífica de Santiago, donde sólo falta un paso, y un paso breve, para llegar al arte cristiano por excelencia, á ese mal llamado gótico, injustificable calificativo, que por fortuna la moderna crítica, ha cambiado por el más propio de ojival.

Difícilmente podríamos añadir alguna idea nueva bajo el aspecto histórico, acerca de la debatida cuestión, que tiene por objeto determinar el verdadero origen de la ojiva. No os presentaré ni siquiera un

resúmen, de las diversas elucubraciones á que se han entregado anticuarios y eruditos, para decidir el origen del estilo ojival: á nada podria esto conducirnos, porque aunque encontrásemos el arco apuntado en el templo pelásgico de los *Gigantes* en *Gozzo*, y en las bóvedas de las ruinas pagódicas de *Maripulan* en la costa de *Coromandel*, y en los mausoleos de la *Licia* (*Caramania*), y en las puertas *Sanguinaria* de *Alatri* y *Acuminata*, ambas en el antiguo *Lacio*, y en las bóvedas subterráneas de *Roma*, y en los camarines de *Neron* en *Misena*, y en los hornos de *Pompeya*, y en el nilómetro de *Rodas*, y en *Memphis*, y en *Pirgos*, y en ornatos accesorios de multitud de fábricas bizantinas y románicas, tales como el palacio de *Ziza* cerca de *Palermo*, *San Marcos* de *Venecia*, *San Ciriaco* de *Ancona*, el *Domo* de *Pisa*, y en *España*, entre otras, la catedral de *Córdoba*; todos estos ejemplares nada prueban; y las consecuencias que de ellos quieren sacarse, están basadas en el error de creer, que un elemento del arte es el arte mismo.

El arco ojival no es por sí solo el que constituye el arte, á que por antonomasia hemos llamado cristiano. Como acertadamente dice un moderno escritor¹, «el arco ojivo, es cierto, se usa en varias

¹ Rada y Delgado.

» obras antiguas y en otras de la edad media bizantina y románicas, pero como un incidente y nada más, mientras en la nueva escuela es el principio generador. Por él se alzan los pilares, se elevan las naves, domina la forma piramidal, las líneas verticales sustituyen á las horizontales, se adelgazan los postes; y para que todo respire un nuevo carácter de poesía y de espiritualismo, se rasgan los muros con altas ventanas de ajimeces ojivos y calados rosetones, y suprimidos los muros continuos, los contrafuertes, y sobre todo los arbotantes se encargan de prestarles solidez, enlazando las naves con amorosas curvas.»

El arte ojival era el resultado natural y preciso de la marcha de la humanidad. Años y años venian, al acabar el siglo *xii* y comenzar el *xiii*, preparando grandes acontecimientos sociales. Mientras los sucesores de *Constantino* pretenden reunir bajo su cetro los poderes, así políticos como religiosos, entrometiéndose en cuanto tenia relacion con el culto y con la creencia, los occidentales, los que pudiéramos llamar europeos, con ménos pretensiones de didácticos, ménos cultos en refinamientos sociales, pero jóvenes ganosos de gloria, sensibles al honor y dispuestos al sacrificio, conservaban el sagrado depósito de la religion; y al mismo tiempo que los orientales la convertian en campo de estériles disputas, y se valian

de ella como elemento, para conquistar y conservar el mando, los europeos veneraban sus principios, sin sospechar siquiera que pudieran controvertirse; y lleno de fe su espíritu acometian todas sus empresas y modificaban ó exageraban el uso de la fuerza. Compañera inseparable la religion entre los primeros del poder omnímodo de los Emperadores, intentando hacerla esclava, hasta el punto de que para dar mayor robustez á su poder tiranico, se hacian representar aquellos Monarcas en sus monedas, coronados por mano de la Virgen ó de Jesucristo, entre los europeos la religion estaba siempre al lado del débil, ordenaba el derecho, separaba el Sacerdocio del poder material, y vigorizándole con el celibato, le disponia, segun la feliz expresion de Cantú, á combatir sin mundanos respetos en las batallas de Dios.

El imperio de Oriente toca á su término.

Mahomet llama á las puertas de Bizancio, con el Coran en una mano y la cimitarra en la otra. Del corazon del Asia avanzan los descendientes de Gengis-kan, y agrúpanse para resistirlos formando naciones, las tribus turcas de Siria y Persia, miéntras siguen igual ejemplo los antiguos rusos; y poco despues mogoles y turcos recibiendo el mahometismo, funden en uno solo el sentimiento guerrero de su raza, y el de la nueva religion, amenazando por todas partes á Europa.

Al torrente devastador oponia ésta entre tanto el dique de las Cruzadas, simbolo religioso y guerrero á un tiempo de aquella edad de constante elaboracion, que abrió para los pueblos de Occidente desconocidos caminos de gloria y de política, de ardor guerrero y de engrandecimiento mercantil; de descubrimientos científicos y de artísticas inspiraciones.

El movimiento era universal: las personas como las ideas, las costumbres como las familias, mezcláronse y confundióronse, acercando opuestas regiones y pueblos distintos. Los Emperadores de Alemania mezclan su sangre con los Comnenos griegos; los Césares de Bizancio parten su trono y su lecho con las hijas de los reyes de Francia; los de Navarra se enlazan con las descendientes de los Almohades; el rey de Inglaterra ofrece su hermana á Malek-Adel; nobles familias de la Lorena asientan un nuevo trono en Jerusalem; esforzados barones de Italia y Francia van á buscar coronas al Asia, y llegan á sentarse en el trono de Constantinopla.—El estruendo de distintas guerras resuena entre tanto en Tonquin; el culto de Fó es difundido en China por tártaros é indios, miéntras que los mahometanos ingertan sus creencias en el brahamismo; luchan en religiosas disputas imanes mahometanos, sectarios de Confucio y hermanos de San Francisco; el maniqueismo persa pretende contaminar la Iglesia, y al choque de tan-

tas naciones, de tantas ideas impulsadas por el torbellino del tiempo sobre la superficie de la tierra, la fe viva y ardiente que animaba á los verdaderos fieles, levántase poderosa, firme, como la idea por excelencia, que encerrada en el arca santa de la fe, debía sobrenadar en aquel revuelto diluvio de guerras y disputas, de aspiraciones insensatas, de conquistas estériles, de fusiones irrealizables; pero que despues de la retirada de las aguas, habia de dejar fecundizado el campo de la lucha con próvida semilla, que dos siglos más tarde ofrecería sus sazonados frutos.

Ya lo hemos dicho: el sentimiento religioso en aquella época se hallaba en el más alto grado de su apogeo. Y es que la exaltacion producida por el múltiple combate, hacia volver la vista hácia el único sol refulgente de justicia y verdad eternas; y es que al mismo tiempo, en la lucha de los pueblos contra el feudalismo, la religion daba consuelos á los primeros; y el dogma de la Providencia ayudando siempre á los Reyes, ayudando siempre á los Sacerdotes, ayudando siempre á las empresas acometidas por unos ó por otros en nombre de Dios, era fecunda fuente de ideas grandes y elevadas; y los Pontífices premiando dignamente la ciencia y la virtud, y oponiéndose al imperio, que pretendió siempre someter á la ley de la fuerza el mundo de las creencias, traba-

jaban en providencial armonia por la santa causa de la regeneradora civilizacion.

Así vemos que en aquella época abandonaban el mundo para entregarse al misticismo de la vida contemplativa, sabios y magnates, guerreros y prelados; así vemos que las congregaciones monásticas tenían por reglas instituciones políticas; así vemos que de allí irradiaba la cultura, y por eso la fundacion de una iglesia ó de un monasterio, llegaba á ser un acontecimiento tan importante, como la conquista de un reino; así vemos por último, que los artistas convertidos en verdaderos sacerdotes del arte, enlazan íntimamente la idea cristiana á la edificacion, y se agrupan en sociedades artístico-cristianas, creando la francmasonería, tan grande en su origen, como bastardeada despues en ciertas épocas.

El arte con tales condiciones llegaba al verdadero momento de su desarrollo. Triunfante y poderosa la idea que le dió vida, podia ya buscar en la forma la gráfica expresion de su sentimiento; y lo mismo obreros que arquitectos, Obispos como Sacerdotes, magnates como menestrales, todos contribuian al levantamiento del edificio santo, á la compilacion del libro colosal de su creencia. Colaboradores todos de aquellas obras admirables, que empezaban entre oraciones, que continuaban al eco de cánticos sagrados, que iban elevándose en prolongada pirámide,

como si la espiritual aspiracion de aquellos fieles hubiese quedado petrificada en el espacio, al lanzarse desde la tierra al cielo.

«Es un prodigio inaudito (escribia á este propósito en la segunda mitad del siglo xii Aymon, Abad de San Pedro junto al Dive, á los Monges de Tutteberg), es un prodigio inaudito decia, ver á hombres poderosos, envanecidos de su cuna, acostumbrados á vivir en el seno de los deleites, tirar de un carro y arrastrar piedras, cal, trozos de madera y demas necesario para el santo edificio. Á veces mil personas entre hombres y mujeres tiran de un solo carro: tan pesada es la carga. Y sin embargo no se oye hablar á nadie. Cuando se paran en el camino hablan; pero sólo es de sus pecados, confesándolos con lágrimas y oraciones: entónces los Sacerdotes los exhortan á deponer los ódios, á pagar las deudas; y si alguno se muestra empedernido hasta el punto de no querer perdonar á sus enemigos, y de rechazar las piadosas exhortaciones, inmediatamente se le separa del carro, y es expulsado de la compañía ¹.»

De este modo, de la lucha general, y de la social interior de los Estados, en que la Iglesia propagaba los Tribunales, estableciendo y protegiendo el saber,

¹ Mabillon, *Anuales ord. benedict.*

y el exámen de los derechos del pueblo, se levantó una nueva vida social apoyada en el sentimiento religioso, y un arte nuevo encargado de perpetuarla.

Con razon dice á este propósito el historiador italiano, que no podemos dejar de admirar siglos de tanta vida, conmovidos por la voz vibradora de Pedro el Ermitaño y de Bernardo, por la armoniosa de los trovadores, por la atrevida de Abelardo y de los Patarinos, y por la grave de Anselmo de Suger y de Tomás; siglos en los cuales se pueden enaltecer las empresas de Barbaroja, de Ricardo, de Felipe Augusto, de Saladino, y bendecir las de Francisco de Asís, de Isabel y de San Luis; siglos en que hallamos un Descartes y un Malebranche en San Buena-ventura, un Hume en Juan de Salisbury, un Montesquieu en Egidio Colonna; siglos en que se vieron grandes hombres, como Inocencio III, Gregorio IX y otros Pontífices, Felipe Augusto y Felipe el Hermoso en Francia, Fernando III y Alfonso X en España, los Federicos en Germania, Becket en Inglaterra; y por todas partes la fuerza popular, protegida por la Iglesia, rompiendo con el pasado, tratando de reconstruir la sociedad, y de dar nuevo carácter, lo mismo á la lengua que á las letras, lo mismo á la caballería que á los pueblos, transformando completamente la civilizacion antigua, y convirtiéndola en otra nueva,

á que sirve de base, sin embargo, el sentimiento religioso, cada vez más enaltecido.

Acogida la nueva forma del arte con el entusiasmo que despierta toda idea nueva, y más si esta idea viene á responder al pensamiento de naciones enteras, cundió rápidamente por todos los Estados cristianos, de tal modo, que segun la expresion de Glaber Rodulphus «parecia que el mundo estremeciéndose, habia sacudido sus antiguas vestimentas, para » cubrirse con un blanco ropaje de iglesias.»

El pensamiento humano poderosamente estimulado, hallaba la mejor manera de emitir sus ideas con carácter permanente y duradero, en aquellos libros que se llamaban edificios. Todas las fuerzas materiales, todas las fuerzas intelectuales de aquellos pueblos, convergian á un mismo punto; y este punto, vértice de los innumerables radios del pensamiento, era el arte, la arquitectura, que levantaba el templo.

El arquitecto era en aquellos siglos el poeta de la humanidad: Dios, la Virgen, los mártires del cristianismo y los santos, eran los personajes de su epopeya; las catedrales sus poemas.

Movimiento tan poderoso, evolucion tan fecunda, si pudo por algun tiempo mirarse con desden por modernos artistas, esclavos de Vitrubio y de Vignola, bien pronto llamando con justicia la atencion de los amantes de la belleza, significó en la historia de la

edad media, el notable acontecimiento, que logró imprimir al arte del cristianismo su propio y verdadero carácter. Así es, que desde el momento en que el arte ojival, mirado con injusto desden por los acérrimos partidarios de la escuela greco-romana, recuperó en el mundo artístico toda su importancia, no hubo nacion que no aspirase á la gloria de haberle servido de cuna.

Discusion más ingeniosa que importante precedió á estas investigaciones, al querer explicar el pensamiento de los primeros constructores de los edificios ojivales, para buscar la generacion de las ideas que pudieron producirlo; y sin elevarse á la consideracion del arte como manifestacion de la cultura y creencias de un pueblo, en los momentos solemnes de su progreso y desarrollo, quisieron explicar *à priori* el origen del nuevo estilo. No os molestaré, Señores Académicos, recordándoos las ingeniosas hipótesis de Warburton, que busca el modelo de los templos ojivales en los seculares bosques del Norte; ni la más pueril, que pretendió encontrar el origen de este arte en una cabaña de cañas enlazadas y hábilmente conducidas: tampoco seguiré á los eruditos investigadores, que, porque se llamaba gótico al arte de que tratamos, quieren encontrar su cuná en las orillas del Báltico; y ménos á los que buscándole origen oriental, lo creen introducido en Europa por

los mahometanos, ó por los cruzados; áun cuando semejante opinion esté sostenida por ilustres escritores, tales como Aberdeen Whittington, Haggitt Strutt, Payne, Knight, los españoles Jovellanos y Cean Bermudez, y el brillante Victor Hugo, á los cuales hay que añadir recientemente el pretendido demoleedor de todo lo más santo y venerando, Monsieur Renan. Semejante trabajo á nada podria conducirnos, despues de haber asistido como lo hemos hecho, al verdadero origen, en mi humilde juicio, histórica y filosóficamente considerado, del arte modelo por excelencia.

Más fructuoso resultado podria ofrecernos el examen de las diferentes opiniones, que han luchado y luchan en el campo de la ciencia, para buscar cuál fué la primera nacion de Europa, donde ántes que en ninguna otra se levantaron edificios ojivales. No es, sin embargo, por hoy objeto de nuestras disquisiciones esta controversia; pero no podemos prescindir de indicar, que en la comparacion de datos y de razones críticas en que se apoyan los defensores de los diversos Estados, que reclaman la anhelada paternidad del arte, la Alemania tiene más probabilidades en su favor que ningun otro. Áun cuando los datos históricos aducidos por el caballero Wiebekin no lo demostrasen, los profundos razonamientos de Hope, basados en que durante la edad

media existia en varios Estados de Alemania una cultura superior; en que allí tuvieron origen preciosos inventos; en que superaron siempre á los demas pueblos del Norte en el cultivo de las artes; en que la combinacion y armonía del nuevo estilo, suponen un arte perfecto y meditado; y en que los italianos, al recibir esta arquitectura, la dieron el nombre de tudesca ó alemana, como en memoria de sus inventores, serian razones bastantes para determinarnos á aceptar esta teoría; por más que convengamos en que, á los alemanes siguieron los franceses en la propagacion del arte nuevo, y en que, miéntras Italia nutrida con las antiguas tradiciones clásicas, le miraba casi con indiferencia, España le acogia con entusiasmo, adoptándole rápidamente en las diferentes comarcas de la Peninsula.

Las construcciones religiosas, que tanto abundaban en nuestra patria, durante los siglos xi y xii, acogieron sin más transiciones el nuevo estilo, que venia á ser en España la representacion genuina de su cultura creciente. Importado, á no dudarlo, de la vecina Francia, que en aquella época, más que en otra alguna, se veia unida por estrechos vínculos á nuestra patria, vino á ser la síntesis de la cultura, en una nacion, que como acertadamente escribe un historiador ya citado, «daba á la astronomía las Tablas alfonsinas, á la poesía, las Cántigas y las Que-

»rellas, á la Legislacion el código de las Partidas, y
»que rica de creencias y de fe llevaba el lábaro triun-
»fante del cristianismo resplandeciente de gloria en
»las Navas de Tolosa, á Ubeda y Baeza, Córdoba,
»Jaen, Sevilla y Guadalquivir adelante hasta el es-
»trecho de Gibraltar por el Sur, y por Levante á
»Valencia, Murcia y Mallorca.»

Y fué acogido con tal entusiasmo el arte regenerador de los templos cristianos, que allí donde las edificaciones estaban comenzadas, al aparecer casi simultáneamente el nuevo estilo en todos los países católicos de Europa, llegaba como triunfante conquistador, á colocar sobre los comenzados pilares, que debian sostener los arcos de semicírculo del estilo románico, sus atrevidos arcos ojivales, rompiendo de este modo y de un solo golpe con todas las antiguas tradiciones.

La ojiva desde entónces se levanta dominadora; aunque inexperta y tímida, sin embargo, apénas se atreva á elevarse sobre los antiguos pilares, que humilla y vence, y á lanzarse al espacio, como hará en breve, exuberante de vida y de poesía, con adornos, torres, y esbeltas agujas, que caladas y transparentes parece que se entran en el cielo, esbeltas, agudas, atrevidas, mensajeras de la oracion del arte.

Y lo que más caracteriza este admirable simbolismo del sentimiento cristiano, es la unidad que com-

ponen todas sus partes, y que hace de los templos ojivales, segun la expresion de un poeta frances ¹, inmensas sinfonías de piedra. En el arte ojival, que puede bien llamarse hijo de si mismo, todo es lógico y bien proporcionado: todo propende á la exacta representacion de la idea, desde el adorno vegetal, tan variado y armónico en sus efectos, tan sencillo y orgánico en su principio, hasta las paredes transparentes con sus vidrios de colores, y sus estatuas y pinturas por ornato.

Por todas partes vemos el mismo simbolismo: el arco apuntado, las agujas caladas, los florones rematando generalmente en tres hojas, las líneas perpendiculares ó piramidales, están expresando constantemente religiosas aspiraciones. La cruz de la planta es la base mística, sobre la cual se levanta el triángulo de la elevacion. Los nervios, cruzándose sobre la cabeza de los fieles, recuerdan constantemente el sagrado instrumento de la Redencion divina. Hasta los monstruos informes, que adornan con frecuencia los capiteles y los frisos, son representaciones de los malos espíritus, luchando en vano con los ángeles del bien. Tres naves que se resuelven en la unidad del crucero, forman el templo, como tres son las personas de la Santísima Trinidad, y una

¹ Victor Hugo.

su esencia. La cruz con que remata el cuerpo central de la imafrente, lleva á uno y otro lado las elevadas torres, como inmensos candelabros. Los sostenimientos se forman con atrevidos arbotantes, que parecen representar los brazos del pueblo creyente, levantados para sostener el venerando santuario de su culto. Todo en este arte es profundamente místico y cristiano: todo contribuye á demostrar, que el verdadero templo de la Religion del Calvario, no es un hacinamiento de grandes masas de materiales, sino la representacion gráfica de la Iglesia, cuya piedra angular es Jesucristo, y de la cual son miembros los fieles todos.

Bien conozco, Señores Académicos, no faltarán hombres de ciencia, que mirando, acaso con desden mi entusiasmo, expliquen por las reglas de la construccion y el árido criterio de su razon helada, el movimiento que al arte imprimen en este brillante período, con los adelantos científicos y sociales que acabo de indicar, la fe viva y ardiente que animaba á aquellos artistas. Tambien pudiera, aunque á riesgo de que os pareciera en mí, osado intento, descender á explicaros sus *secretos* de construccion, *secretos* conocidos hoy de todo el que se dedica á este linaje de estudios, como que son elementales nociones que se aprenden en multitud de escuelas y de obras, no sólo extranjeras sino de nuestra patria.

Pero, además de que si tal hiciera, ofenderia seguramente vuestra superior ilustracion, temeria tambien ofender al arte, cuyos encantos elevan mi espíritu.

Quien al contemplar un edificio, no ve en él más que la construccion material, y no percibe lo que hay de superior, de grande y de elevado en aquel conjunto de lineas trazadas con piedras en el espacio, puede compararse al que pretendiera haber comprendido al hombre, porque con el escalpelo en la mano hubiese conseguido analizar hasta la última fibra de su cuerpo, sin cuidarse para nada de estudiar las manifestaciones de su espíritu. Seria lo mismo que abismarse en seguir las admirables reglas que gobiernan los cuerpos celestes, sin acertar á leer en ellos el nombre de Dios.

Parece imposible que haya quien de tal modo juzgue; y sin embargo, pudiera citaros nombres de escritores apreciables, que han caido en tan funesto error, y que han pretendido formar escuela con su pobre sistema.

No: no es sólo el adelanto científico en los medios de construccion, lo que determina la manifestacion espiritual del arte cristiano. Los arquitectos de los siglos XVI, XVII y XVIII poseian mayores adelantos en todos los ramos de las ciencias exactas, y sin embargo, no acertaron á traducir la idea cristiana, en sus gentilicas obras greco-romanas;

y cuando los artistas de la presente centuria quieren edificar templos, que representen la santa creencia, salvándose en el diluvio de las locas aspiraciones humanas, vuelven la vista á aquellos siglos de fe, y levantan iglesias ojivales, que léjos de parecer un anacronismo en nuestro siglo, son recibidas con júbilo y con avidez, como percibe el oido y acoge el corazon en medio del estruendo de la orgía, una nota perdida del sencillo cantar, con que nuestra madre nos adurmió en la cuna.

¿Necesitaré, Señores Académicos describiros los caracteres de este arte sublime? ¿Necesitaré deciros los elementos que componian aquella inspiracion religiosa, y pintaros sus muros perforados, sus altas bóvedas y misteriosos ámbitos? Ni soy competente para abrigar el loco empeño de escribir una obra didáctica, ni vosotros, hábiles maestros, los llamados á escuchar la humilde enseñanza, del que se honraria con recibirla de vuestros labios. Bien conoceis todos los caracteres de ese arte, cristiano por excelencia, así en su período primario ó primitivo, usado desde fines del siglo *xii* hasta igual época del *xiii*, el secundario ó decorado, que domina completamente en el *xiv*, y el terciario, florido ó *flamboyant* (como le llaman los franceses) que seguido en el *xv*, apénas logra sostenerse al principiar el *xvi*, herido de muerte por el nuevo estilo del renacimiento. Abusaria indu-

dablemente de vuestra bondad, y temeria ofenderos, si os intentase enumerar y describir, como caracteres del primer período del arte ojival, la planta de cruz latina de sus templos; sus ábsides semicirculares ó poligonos; sus tres naves, intersectadas por el crucero, frecuentemente coronado por elevadas cúpulas; los ámbitos que se extienden por las galerias laterales y encima de sus arcos; la suntuosa fachada de los piés del templo, conocida hoy en el tecnicismo de la ciencia con el nombre de *imafronte*; los fuertes estribos que dividen las tres portadas, que se reparten el frente de esta fachada, correspondiendo cada una de ellas á las tres naves de la iglesia; y los realizados contrafuertes; y las altas torres; y el antepecho que rematando el primer cuerpo las enlaza; y el roseton del segundo cuerpo; y las ventanas y galerias, y estatuas en el tercero; y las agujas de sus torres, aereas, sí, pero todavía sin el atrevimiento que caracterizan las del siglo *xiv*; y la rica ornamentacion de los estribos y contrafuertes divididos en resaltos, disminuyéndose segun se elevan, rematando en frontones ó en agujas de cúspides agudas; y sus arcos ornamentales sobrepuestos; y sus estatuas colocadas en repisas bajo doseletes; y la serie de arcos concéntricos de sus portales; y las estatuas de los Apóstoles que los flanquean; y las menudas y prolijas esculturas que los

adornan; y el poste que los divide con la estatua de la Virgen ó del Salvador; y los delicados toros y molduras, que quiebran siempre la aridez de las aristas; y el uso, aunque no muy generalizado de los arcos angrelados y gemelos; y el enlace y combinaciones del ojivo como elemento de ornamentacion; y los pilares de plantas poligonas ó elípticas, ocultando su poderosa resistencia con una superficie de altas y delgadas columnas, que ya ocupan los ángulos y las caras de los postes, ó ya se agrupan como manojos de junquillos; y los pequeños capiteles, de ornato, más que de sosten, con hojas, y ramos, y tallos, y perlas, y caprichosos dibujos; y la vasta extension de las naves; y la grandeza en fin en las proporciones; y la dilatacion en los ámbitos, que hacen del edificio ojival la colosal realizacion del gigante pensamiento del arte cristiano.

Tampoco me será lícito detenerme en describiros los caracteres que distinguen su segundo período, que bien pudiéramos llamar el de su grandeza y apogeo. Si dado me fuera hacer esta narracion sin temor de ofender vuestra sabiduría, enumerara con gran contentamiento los rápidos adelantos del arte, que olvidando de todo punto los recuerdos románicos, acaudalado con la experiencia de un siglo, en todo el vigor y lozania de su hermosa juventud, sabe hermanar la pompa con el decoro; y atrevido sin afec-

tacion ni temeridad, airoso y elegante sin amaneramiento, grandioso sin vano alarde, risueño y alegre sin vulgaridad, pensador y místico sin rebuscadas elucubraciones, ni terroríficas formas, realiza el ideal de su belleza, en toda la plenitud de su vida creyente. Y sin embargo no altera ni la forma general, ni la distribucion del edificio; y aunque aspirando á ser innovador, no abandona por eso los preceptos que lo constituyen; y fijo sólo en el perfeccionamiento de sus obras, la construccion material para el contrarresto de las fuerzas y los detalles en la ornamentacion, forman el carácter distintivo de este brillante período. Pero, ¿á qué he de hablar de sus perfectas ojivas, inseritas en un triángulo equilátero; ni de sus frontones agudos, destacados sobre el muro con rizados penachos y crestería; ni de los botareles y arbotantes, que salvando la pesada armadura que ántes los encerraba, se presentan aéreos, delicados, sueltos, resolviendo sin embargo un gran problema de resistencia, como contrarresto de los empujes de las bóvedas, pero ocultando su mismo poder con arcos simulados, con graciosos pináculos, con estatuas y frontones, con nichos y repisas, con doseletes y crestería, á la manera de esos gigantes y seculares árboles, que cubiertos por cariñosas enredaderas guardan su resistente fuerza bajo la frágil apariencia de delicadas flores? ¿A qué he de hablaros de

las menudas y primorosas molduras que forman el contorno de sus arcos, y de los nervios de sus bóvedas, que multiplicándose en todas direcciones, adornan los puntos de interseccion con labrados colgantes, ni de las perforaciones y filigranas de sus doseletes, cuyas agujas se levantan sobre arcos ojivales ó copian de la naturaleza prismáticas estaláctitas, ó remedan castillos con almenas y torrecillas? ¿A qué he de hablaros por último de los adornos, con que se cubren los senos de los ángulos; de la esmerada copia para el ornato, de flores y de frutos; de las complicadas labores de los rosetones y ventanas; de las intencionales esculturas, que profusa y artísticamente diseminadas en los miembros todos del edificio, contribuyen á su engrandecimiento; ni de las elevadas agujas de sus torres, que no contentas con expresar su aspiracion en la forma piramidal que las constituye, se lanzan al espacio, aéreas, caladas, transparentes, idealizando de este modo más y más el pensamiento creyente que las dió vida?

Harto conoceis todos estos caracteres del segundo periodo del arte ojival, para que necesite molestaros por más tiempo con su explicacion. Pero si me permitireis lamentar, llegase un dia en que el arte, olvidando las buenas máximas de su siglo de oro, caminase precipitadamente á su ruina.

Como acontece siempre, el demasiado refina-

miento y el excesivo lujo en los ornatos enervó las fuerzas del arte, y preparó su completa decadencia. Habia llegado á un periodo en que dificilmente el ingenio humano podia encontrar más belleza, más seduccion, más encanto, más espiritualismo, más atrevimiento, más arrojo. Un paso más y aquel atrevimiento será temeridad, aquella gentileza afectacion, y aquella exuberancia de ornatos, pródiga pesadumbre de innecesarios accesorios, que ocultan con su excesiva pompa la linea generadora del arte cristiano.

El afan de embellecer la forma llevó á tal extremo á los artistas de la segunda mitad del siglo xv, que poco á poco fué quedando oscurecida la idea, y preparándose el camino para el nuevo estilo del renacimiento. Ya en el tercer periodo, la linea horizontal, desterrada por completo de las edificaciones ojivales, empieza á mezclarse con las verticales; la ojiva desaparece bajo la aglomeracion de pináculos y frontones; los nervios y los colgantes se adornan con una profusion maravillosa; los arcos se componen de las más varias formas, alternando con los ojivos los de *lanceta*, los *florenzados* y los *conopiales* de dos ó más centros; y como escribe acertadamente á este propósito el Sr. Caveda: « cuando la » arquitectura ojival se halla ya próxima á su fin, » abrumada con el peso de su misma riqueza, pierde » la noble compostura y la severa majestad que ántes

» la distinguián, al paso que aumenta la pompa y
» novedad de sus detalles y gentiles preseas: como
» nunca brillante y ostentosa, cubre los muros de
» minuciosos bordados, de grecas y lacinias, de mar-
» querinas y cresterías dobles, ora colgantes, ora
» caireladas, allega á esta ornamentacion la franja
» hueca y la calada, aligera y multiplica los trepa-
» dos, emplea más que ántes las almenas y follajes,
» los angrelados, los arcos de todas clases, los nichos
» y agujas piramidales, las molduras prismáticas y
» las líneas quebrantadas; abandona los toros cilin-
» dricos ó cordiformes, da un carácter particular á
» las archivoltas, á los arcos dobles y á los nervios
» de las bóvedas; conserva los pilares fasciculados
» del siglo xiv, pero introduce los cilindricos ú octó-
» gonos de fases curvilíneas y los manojos prismáti-
» cos, formados de toros con una arista embotada, y
» bastante frecuentemente sin capiteles, y sólo con
» una faja horizontal que cubre su falta á manera de
» una simple ligadura.»

Sobresaliendo más por la prolija y minuciosa ejecución del detalle, que por la grandiosidad del conjunto, las hojas rizadas de diferentes plantas préstanle originales, que imitar para sus follajes, lo mismo en las impostas y fajas que en los capiteles; los delicados rosetones, las ventanas y ajimeces adornan cada vez con más difíciles combinaciones sus

vanos; los contrafuertes y arbotantes se cubren de tantos y tan delicados adornos, que más parecen fantásticos accesorios del templo que sostenes poderosos de sus naves; y sobresalen por do quiera agujas y flechas, y grumos, y crestería, que asemejan la religiosa edificación á una floresta de piedra, nacida por la espontánea y creyente inspiración del artista.

Pero sin embargo de que tanta riqueza, y tanto esplendor perjudicaba á la existencia del arte, todavía lo mismo en estas edificaciones, que en las de los siglos xiii y xiv, se encuentra aquel inexplicable ambiente de misticismo y de beatitud, que en vano buscaremos en los templos, en que posteriormente se pretendió rendir culto al Dios de nuestros padres, con las prestadas formas greco-romanas.

Y no estaba aislada la arquitectura, al entonar durante más de tres siglos el cántico sublime del arte. Sus más concretas manifestaciones, la escultura y la pintura concurren, como cariñosas hermanas, á darle apoyo y realce para su triunfo. Verdad es que la escultura, adornando los ingresos, las archivoltas, las repisas y los nichos, ofrece á los ojos del observador estatuas rígidas, estiradas, de incorrecto dibujo, y desproporcionadas formas; cualidades que van perdiendo al acercarse el siglo xvi para buscar la más acertada imitación de la naturaleza. Pero á pesar de tales defectos, hay en las esculturas de los

siglos XIII, XIV y XV tan intencionales trazos, tanta verdad, tan contemplativa y estática expresión, en medio de la candorosa inexperiencia de la mano de obra, que aunque parezca demasiado atrevida nuestra idea, preferimos para el ornato de los templos ojivales los productos de esta estatuaria, á las perfectas y acabadas esculturas, hechas por los mejores modelos griegos. Ante la intachable corrección de estos entusiastas de la forma, se admira el genio profundamente analítico que produjo sus esculturas, pero ni el corazón se agita, ni el espíritu se eleva: en cambio, ante las toscas efigies de los siglos medios, el alma se levanta en intuición dulcísima; la pura y fervorosa creencia de aquellos artistas inflama nuestra apagada creencia, y con respeto saludamos la obra de su inexperto pero enérgico cincel.

Sus místicos asuntos, constantemente los mismos, nos representan la poética historia de la Virgen ó del Salvador del mundo, milagros de Santos, efigies de Apóstoles y Patriarcas, y con frecuencia las terribles escenas del juicio final, en que aparece con toda su severa majestad el Tribunal divino; radiantes de ventura los escogidos, conducidos al cielo por los ángeles; y deformes de maldad y desesperación los réprobos, á quienes martirizan los secuaces de Luzbel.

La escultura en los templos ojivales completaba

el pensamiento del artista. Era la página ilustrada del gran libro del arte.

La pintura, exornando los retablos con místicas composiciones, tomadas de los mismos asuntos, completaba el efecto del conjunto, por más que apareciese con los mismos defectos y bellezas, que su hermana gemela la escultura; pero no contenta con ayudar tan poderosamente al brillo y esplendor del arte cristiano, intentó colocar sus sorprendentes creaciones en medio del espacio, para que la misma luz del astro del día, infiltrándose en ellas, les diese animación y vida. Ya comprendereis, Señores Académicos, que me refiero á las vidrieras pintadas: mosaicos transparentes en un principio destinados á modificar la luz, y colorar sus rayos, bien pronto se vieron ocupados los vanos de las ventanas con históricas y religiosas composiciones, tomadas del antiguo y nuevo Testamento, de las imágenes de los santos y de sus gloriosos martirios. De este modo los fieles, dentro del sagrado recinto, hasta en los impalpables lugares de la luz y del espacio, encontraban enseñanza religiosa, y ejemplos de virtudes que imitar.

Permitidme que al llegar á este punto, me separe por un momento del objeto principal que me ocupa, para consagrar un justo recuerdo á los artistas españoles, que en el difícil género de la pintura de vidrieras, aunque imitadores en un principio de los

alemanes, formaron en nuestra patria verdadera y distinguida escuela, que se ha inmortalizado en la historia con los nombres de Santillana, Valdivieso, Ruiz, Jimenez, Córdoba, Cuesta, Vergara el viejo, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Con sentimiento veo acercarse el instante, en que el orden natural de los sucesos me aleja del arte cristiano por excelencia. Mi imaginacion arrebatada por el sentimiento religioso, y sus artísticas glorias, vagaba con entusiasmo de las catedrales de Ratisbona á Ulma, de Strasburgo á Friburgo, de Viena á Oberwesel, de Colonia á Amiens, de Reims á París, de Bourges á Burdeos, de Leon á Búrgos, de Toledo á Sevilla, de Zaragoza á Barcelona, de Tarragona á Ávila, de Segovia á Salamanca; y á tantos otros sagrados edificios que no enumero, pero que todos conocéis, y otros que sólo existen en la memoria de las gentes, destruidos, para vergüenza de nuestro siglo, por la piqueta demoleadora del ciego fanatismo político, ó del estéril y sórdido interés, más terrible todavía para las obras de arte, que la influencia inevitable del peso de los siglos. Mi alma se dilata, embargada de admiracion, al recuerdo de esos monumentos, llenos de indefnible majestad, de profundo reposo, de sagrado recogimiento, de evangélica melancolía. Allí todo me está hablando de Dios, y de los sublimes misterios de la religion sacrosanta: allí

se respira todavía el ambiente de fe, que levantó las sagradas naves; y bajo sus bóvedas, llenas de misteriosa luz, entre cuyos rayos parecen vagar fantásticas imágenes de la santa creencia, la oracion acude á nuestros labios, y consuelo inefable penetra en nuestro corazon: allí al escuchar las notas del órgano, que retumba bajo las sagradas bóvedas, como el trueno en la soledad de los bosques, parece que el insensible metal suspira, repitiendo con melancólico acento, la voz de los siglos que pasaron.

Pero ¡ay! que bien pronto el arte que dió vida á tales creaciones, va á verse olvidado, y á desaparecer de la superficie de la tierra. De la parte del Mediodia avanza en poderosa reaccion el arte pagano, con su populosa corte de faunos y de ninfas, de simbolos mitológicos, y de sensuales ornatos; y al sentir su proximidad, parece que el ángel protector del arte cristiano extiende sus alas, y se remonta al cielo.

Larga tarea sería la de examinar todas las causas, que pudieron contribuir á este cambio radical en el arte; pero aunque yo no escriba un tratado histórico de tan difícil asunto, aunque el objeto de mi discurso sea únicamente presentar el arte ojival como el verdadero complemento de la aspiracion artístico-cristiana, no podré ménos de hacer algunas ligeras observaciones acerca de la introduccion del nuevo estilo.

Terminada ya, al acercarse el fin de la edad me-

dia, la lucha santa de la creencia contra los enemigos del nombre de Cristo; uniformadas y establecidas las sociedades; protegidas las naciones por leyes y constituciones políticas, al sentirse con la fuerza de su poder, parece como que trataron de sustraerse á la tutela de las ideas, y al protectorado bajo el cual hasta entónces habian vivido. Consolidada la paz pública, principia la guerra moral... Así que triunfó en España el esfuerzo nacional contra un enemigo comun, bajan los caractéres de su poética altura: Francia, Inglaterra, Italia, no estando ya unidas para guerras externas, como durante las Cruzadas, se acometen unas á otras; y principia á extenderse por toda Europa aquel cálculo material de un equilibrio político, que sustituido á toda idea moral, causará tantas guerras como presume impedir.

Subyugadas las facciones intestinas, abatido el poder del feudalismo, los Reyes, que al sentirse débiles, buscaban apoyo en la Iglesia, al sentirse fuertes pretenden emanciparse de ella. El pueblo, que en los dias de su penosa servidumbre, se acogiera tambien bajo el manto protector del Sacerdocio, al ir recordando sus derechos, se une á los Reyes contra la Iglesia; y como nada hay más exagerado que las reacciones de las sociedades, aquellos creyentes y sumisos al Padre de los fieles, llegan á unirse á Eduardo III para negar su tributo al Papa, y pre-

tenden impugnar su infalibilidad. El cisma, al mismo tiempo, presenta á los ojos de la multitud la guerra de Pontífices rivales; la duda, como preciso resultado de tales escenas, se apodera de los corazones más sinceros; el egoismo y la ambicion, ocupan el lugar de la fe, y las nobles aspiraciones; el cálculo sustituye al entusiasmo; y el amor á los goces materiales, como indeclinable consecuencia de tales premisas, se extiende por las sociedades en los principios de la edad moderna, invadiéndolo todo. ¿Cómo era posible que la arquitectura ojival viviese entónces? Si es una verdad innegable, que el arte es el reflejo del estado de las sociedades, el siglo xvi, no pudiendo tener arte propio, volvió la vista para buscarlo á las edades pasadas, y lo encontró, como no podia ménos, en el pueblo romano. En aquél con quien tantos puntos de contacto tenian los hombres y las tendencias del siglo que llaman del Renacimiento. Aquella época no podia tener inventiva, y por eso tuvo que sustituir con la imitacion la originalidad, con los rebuscamientos arqueológicos, la inspiracion artistica; y con la erudicion la llama creadora del genio. Verdad es que de este nuevo estilo quedaron obras importantísimas, y que supieron llevar los artistas á un admirable grado de perfeccion los ornatos; pero tambien lo es que esta arquitectura, rica, ostentosa, superabundante de lujo y esplendor, podrá ser si se quiere

la arquitectura del palacio, del tribunal y de la lonja; pero arquitectura que tiene por único y exclusivo objeto recrear los sentidos, no puede servir para dar dignas formas á la morada de Dios. Será la arquitectura del lujo y la opulencia; pero nunca la arquitectura de la fe. Entre el arte cristiano y el arte pagano, media la distancia del cielo y la tierra: el primero levanta el espíritu, y lo eleva hácia Dios; el segundo inspira el culto á la materia; y si bien el artista anima con maestría el marmol y el lienzo, no le imprime nunca el bello ideal, que procede de Dios.

Llega un dia sin embargo, en que un hombre de pensamiento gigante, quiere encarnar su idea cristiana en el arte pagano, que por do quiera domina, y hacinando el Panteon sobre el Partenon, segun la frase de Victor Hugo, levanta la Iglesia de San Pedro en Roma.

Y sin embargo aquel desesperado esfuerzo de un genio poderoso, no traduce su idea: lo mismo en su obra gigantesca, que en las que á su imitacion, y bajo su modelo se hacen, en Inglaterra, en Rusia y en España, el pensamiento cristiano gime encerrado bajo sus bóvedas colosales.

La civilizacion de los pueblos griego y romano, puramente humana, sólo podia producir un arte puramente geométrico. Sus líneas rectas, y sus arcos semicirculares, jamás nos hacen levantar nuestra

mirada al cielo. Bajo las bóvedas de estos templos se echan siempre de ménos la estátua del Dios mitológico, las aras de los sacrificios, los sacerdotes y las víctimas. No: no es ese, ni puede ser nunca el arte cristiano.

¿Y qué os diré de esos otros estilos, que más modernamente lo invadieron todo, cubriendo, lo mismo el palacio que la Iglesia, con adornos incoherentes, inexplicables y pesados, productos de un cerebro enfermo, más que del delirio del talento?

¿Qué os diré, Señores, del siglo en que vivimos, siglo al que será imposible reflejar su existencia en el arte?

El siglo XIX que todo lo funde, que todo lo revuelve, para buscar aplicaciones al principio utilitario á que subordina su existencia, ¿no tiene mision que cumplir en la historia del arte religioso? ¿No tienen los artistas bajo este aspecto, deberes que llenar y deberes grandes? Sí, Señores Académicos.

Si el siglo XVIII por fortuna ha desaparecido; si nuestra época se rehabilita; si desprestigiada la filosofía materialista, que trataba de destruirlo todo, los sabios de los diferentes ramos de la ciencia esparcen la luz, que brota de un pasado tan ultrajado como desconocido; si las bibliotecas monacales han dejado estudiar preciosos tesoros de erudicion; si los museos se han enriquecido con importantes cuadros perdidos

en las sombras; si las abadias y las catedrales han revelado el sentido místico de su alfabeto de piedra; si á través de los encajes de mármol hemos podido contemplar el cielo, deber de todos los amantes del arte y de la creencia, es emprender con fe viva un período de verdadero *renacimiento* artístico para los edificios religiosos.

La mision del artista es muy grande, y es necesario que no olvide su destino; su gran mision social es la de perfeccionar la vida humana, relacionándola con su ideal, que es Dios. Educar á los hombres, haciéndoles elevar su mirada á la celeste altura, imprimir á la humanidad, por un movimiento vigoroso, una marcha progresiva, y una direccion ascendente. Como acertadamente ha dicho en la Cátedra del Espíritu santo el reverendo Padre Felix « el artista ha » nacido para educar y llevar la humanidad á Dios, » como el pájaro para cantar, como el arroyo para » correr, como el viento para soplar, como la savia » para florecer, como la llama para brillar, como el » corazon para latir, como la inteligencia para » pensar. »

¿Quién levantará nuestras afecciones, levantando tambien nuestro corazon, hacia los sentimientos sublimes y elevados? Nuestro espíritu se ahoga en la espesa atmósfera mundana. ¿Quién vendrá á levantarle y á prestarle fuerzas? ¿Quién nos hará amar lo

puro, lo santo, lo bello, lo invisible, lo infinito? El arte: ese es su objeto; y esa es vuestra verdadera mision, artistas.

Si nuestro siglo puede con razon vanagloriarse de grandes adelantos, y de perfeccionamiento en la forma, aplicad todo esto á la mayor belleza y esplendor del arte cristiano. Seguid el ejemplo, que ya estamos viendo en otras naciones, y permitidme que os repita, al terminar este largo trabajo, otras inspiradas palabras del orador católico, que hace poco cité.

« El arte por el arte, es decir, el arte por sí » mismo, es filosófica y estéticamente, el absurdo en » su más alto grado. Nada hay en la creacion, que » exista y sea por sí y para sí. Acaso ¿es el sol por el » sol? ¿Es el rio por el rio? ¿Es la flor por la flor? » ¿Es el hombre mismo por el hombre?... No. Y la » flor y el rio, y el sol, como la creacion entera, » existen, y son unicamente, *ad majorem Dei glo-* » *riam*. Y si esto es así; ¿cómo podemos concebir el » arte por el arte? El arte, como todo lo demas, » existe por un fin superior á sí mismo. El cielo del » arte, como el cielo de la naturaleza, tiene por fin » supremo narrar la gloria de Dios. » *« Caeli enarrant » gloriam Dei. »*

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

POR EL

ILMO. SR. D. PEDRO DE MADRAZO

ACADÉMICO DE NÚMERO.

SEÑORES:

Cuando esta Real Academia no tuviera otra prueba de la buena eleccion que ha hecho al traer á su seno al Sr. Marqués de Monistrol, el brillante discurso que acabais de oir sería para ella la más satisfactoria garantía de su acierto. Mágico fascinador el nuevo académico, ha deslumbrado vuestros ojos con el espléndido panorama de los orígenes, crecimiento, progresos y gloriosa dominacion del arte cristiano en el Occidente, presentándoos en cuadros sucesivos, llenos todos de vida y de interés, los caracteres culminantes de una arquitectura que, en su desarrollo histórico de más de mil años, recoge en los romanos *hipogeos y confesiones* los fervorosos votos

y las ensangrentadas reliquias de los mártires de Cristo; puebla más adelante de iglesias y monasterios desde el Báltico al Mediterráneo las regiones estragadas durante las convulsiones del moribundo Imperio romano, ó nunca por la humana cultura atendidas; y por último, cuando ya el hermoso vástago de la civilizacion cristiana adquiere consistencia para llevar, como precioso fruto de dos flores gemelas, la fe razonada y la razon sumisa al dogma, rica de sentimiento y de ciencia, de grandes recuerdos y de esperanzas todavía más grandes, deja atónito al universo con la colosal creacion que el vulgo llama la *catedral gótica*. Habeis presenciado, y sinceramente aplaudido, el generoso entusiasmo con que nuestro nuevo compañero enaltece las bellezas sin cuento de esa arquitectura ojival, á la cual más que á ninguna otra nos parece aplicable la hermosa frase con que Federico Schlegel significa la prez intrínseca de toda buena arquitectura, denominándola *armonía petrificada*. Y la Academia de Nobles Artes, á la que una singular coincidencia dió por santo patrono el gran monarca bajo cuyo reinado se verificó cabalmente la implantacion del arte ojival en las dilatadas provincias de Castilla, puede darse el parabien de esa especie de profesion de fe artística del Sr. Marqués de Monistrol, porque quien tan altamente proclama que la catedral gótica es la expresion más acabada y per-

fecta de la arquitectura cristiana, de seguro se compromete á unir cuantos medios le sugiera la elevada posicion que logra su esclarecido linaje, á los incansables desvelos de nuestro Cuerpo por la conservacion y restauracion de los monumentos de la gloriosa época que inaugura un San Fernando y termina un Fernando V de Aragon.

Época de fecundidad prodigiosa y de armonía intelectual incomparable! Desde el Cimbrico hasta Gádes, en cuanta tierra evangelizaron é iniciaron á los deberes de la vida social la Iglesia y sus milicias claustrales, triunfadoras de la marcial rudeza de los Bárbaros, sin más excepciones que las dimanadas del originario dualismo engendrado en el Imperio romano de Oriente, todas las provincias erigen catedrales; todas las catedrales ostentan la majestuosa unidad del sistema arquitectónico, aunque difieran entre sí respecto de los medios de construccion; en todas ellas el fecundo principio estético de la variedad en la unidad produce esa elegante mole tan semejable á una gigantesca cristalización vertical, con ábsides, costados é imafrente, estribos, arbotantes y pináculos, torres, chapiteles y sutiles agujas, ventanas rasgadas en los altísimos muros, vidrieras de colores en ellas, rosetones calados sobre las puertas, y toda una mística y animada poblacion de estatuas en que se figuran personajes humanos que se

elevan y ángeles de trémulas alas que descienden y posan, y séres fantásticos encaramados á las arquivoltas, contrafuertes, frisos y balaustradas, y á todos los resaltos de la ornamentacion vegetal que la contorna y ciñe como planta trepadora;—y en toda imafrente se representa ora el sagrado drama que comienza en el nacimiento de la Virgen y concluye en la muerte del Redentor, ora la ejemplar historia de la raza humana que sale de entre las manos del Criador y es conducida por entre la procesion gerárquica de sus patriarcas, de sus reyes, de sus santos y de sus mártires, á la formidable peripecia del último dia. Toda la Europa en aquellos tres siglos, al echar á vuelo las campanas de sus soberbias torres, entonó el himno triunfal de la cristiandad militante que descansaba de sus heróicas empresas despues de haber restituido á la Iglesia por el esfuerzo del magnánimo Hildebrando y sus sucesores, su libertad y su túnica virginal.

¿Fué mero esfuerzo de la fe exaltada lo que produjo tan general y concorde transformacion en la más ostensible profesion católica del Occidente? Fué sólo producto del sentimiento religioso el hallazgo de esa fórmula sublime de la arquitectura del templo, que obtuvo el asentimiento de casi toda la cristiandad? Ah, nó. Lo mismo el sentimiento religioso que el amor de patria es infecundo cuando la ciencia y el

arte de consuno no le dan medios de interpretacion. Si la conciencia de la libertad reconquistada por el municipio inspiró á Florencia, Siena y Pisa, Bruselas, Lovaina y Brujas, erigir sus espléndidas casas capitulares, emparejándolas en importancia arquitectónica con las catedrales y baptisterios, donde los ciudadanos hacian pública profesion de su fe; tuvieron que valerse para ello de sabios arquitectos. Si las ciudades consagradas al tráfico, Amberes, Lieja, Venecia, Barcelona, Valencia y Palma, trataron orgullosas de levantar sus lonjas, bolsas y casas de contratacion; emulando la gala y la opulencia de las basílicas y casas capitulares; para lograrlo tuvieron que recurrir á expertos constructores. Así las nuevas diócesis sucesoras de las primitivas y humildes iglesias episcopales, auxiliadas por los reyes y magnates, para alzar á Dios sus catedrales hubieron de recurrir á los más afamados maestros del arte de edificar que producian á la sazón los talleres de la industria secularizada y libre. Es indudable: la fe sola no habia salvado á la Iglesia universal de los conflictos que le suscitó la barbarie de la edad de hierro, sino que ganó sus triunfos á fuerza de hazañas del entendimiento y del corazon, ejerciendo la predicacion y el magisterio, fundando escuelas de letras divinas y humanas, al par que estableciendo granjas, vias de comunicacion y puentes, adoctrinando al mundo y

domando su hispida ignorancia y sus tremendas pasiones; y así tampoco el mero entusiasmo religioso pudo ser el generador del admirable edificio á cuya consideracion se dirige principalmente el bello discurso que acabamos de oír.

Vuestro elegido, Señores Académicos, reservando modestamente á nuestro Cuerpo el razonar sobre las preeminencias científicas de la arquitectura ojival, se ha limitado á persuadir su excelencia externa desenvolviendo el precioso simbolismo que la avalora. No seré yo quien intente usurpar á los doctos y laureados profesores que me escuchan el derecho de formular cánones y máximas sobre una de las más nobles especulaciones del humano entendimiento, cual es la arquitectura, en que con la difícil facilidad de composicion que demuestran todos los monumentos típicos, se combinan el númen del artista y la sabiduría del constructor. Mi ambicion es ménos altiva, y voy timidamente á intentar la demostracion de que la catedral cristiana es bella y despierta en el hombre, ya inculto, ya civilizado, todos los elevados sentimientos que el señor Marqués de Monistrol ha puesto de relieve, porque reúne á la razon de ser científica y estética, la expresion más adecuada de las necesidades sociales y de las tendencias de la época portentosa que la produjo. Permitidme, pues, describir en breves cláusulas la escena en que apa-

rece esa gran creacion, limitándome en cuanto á ésta á su primer período, que es el que me la representa más filosófica, ingenua y bella.

Diérame el cielo inspirarme para llevar á cabo mi propósito en la santa pureza con que trataron sus estatuillas y bajo-relieves los ignorados escultores que tántos y tántos tesoros de estilo, gracia y sensibilidad derramaron sobre las portadas espléndidas de las catedrales de Chartres y de Leon, y recursos para no tocar con mi pluma á la veneranda forma de esas sagradas moles, sino con la uncion y delicadeza con que tocaban al gracioso contorno de sus ángeles y madonnas un Beato Angélico y un Juan Van Eyck; y entónces podria yo aventurarme á posar en esa semi-teológica gemela de la elevada filosofia del siglo de Santo Tomás, sin temor de maltratar su preciosa flor, y lograria, despues de demostraros que el calumniado escolasticismo y la catedral gótica son los dos grandes esfuerzos de la santa libertad cristiana, que pensaseis conmigo: No, no es mero producto de una estética materialista, ni de sensaciones ajenas al supremo foco de toda sabiduría y de todo casto amor, esa obra suntuosa en que el artista no es un individuo, sino toda una escuela; cuya manifestacion acontece no ya en un momento de inspiracion, sino por la inspiracion de todo un siglo; en que el inventor desaparece ante el invento y el

artífice se eclipsa en el golfo de luz que irradia su obra, y el orgullo humano se anega voluntariamente en el raudal de armonía de la exaltación colectiva de tantos genios, hasta el punto de prescindir el imaginero que labra la estatuilla del calado pináculo á más de cien piés de altura del suelo, del aplauso de la gente que apenas la ve, pagado de que su obra atildada y concienzuda obtenga una sonrisa de Dios, único que puede contemplarla.

Toda demudación en la forma del edificio consagrado al culto público marca infaliblemente una profunda transformación social. El templo es el gran Nilómetro que señala los majestuosos desbordamientos de la idea religiosa en su corriente histórica. Cada evolución del humano entendimiento en torno del eje inmutable de su religiosidad instintiva é inmanente, toma una expresión nueva en la arquitectura; pero de cuantas evoluciones verificó el arte simbólico por excelencia, desde los tiempos primitivos hasta la edad media, ninguna fué más sustancialmente diversa de las que le precedieron, que la que determinó esa estructura llamada *gótica* ú *ojival* (denominaciones ambas, sea dicho de paso, igualmente inexactas).

Hemos indicado que vino esta arquitectura á formularse en una de las épocas más solemnes del mundo. Podemos añadir, á fuer de imparciales,

que la gloria de haber hallado tan arrogante fórmula pertenece á la raza franca, á esa nación inteligente y activa, que siendo todavía semi-bárbara entre los demás pueblos de sangre indo-germánica cuando pasaban sus providenciales destinos de la frámea de los cabelludos merovingios al respetado cetro de Carlomagno, y habiendo recibido de nuestra España en sus días de inopia artística, con una mano la arquitectura del Godo, y con otra la del Islamita, avanzó á pasos de gigante dejando atrás en su carrera de cinco siglos á todos los otros pueblos del Occidente, hasta colocarse á la vanguardia de la civilización europea, bajo las lises de Felipe Augusto, á fines de la duodécima centuria.

Al acercarse el siglo de San Luis, ya la Europa entera, que según la feliz expresión del benedictino Raul Glaber, recordada por nuestro nuevo compañero, había empezado á salir de su letargo y á cubrirse con su *blanco ropaje de iglesias*, ostentaba una madurez intelectual que prometía las más trascendentales innovaciones. Recobraba su poderoso aliento la estirpe de Japhet, regenerada como el catecúmeno en las fuentes de la verdad y de la vida. Triunfaba de los conflictos de una nueva juventud arrebatada y ardorosa, ennobleciáse y dominaba, y su genio emprendedor creaba un nuevo orden de ciencias y de estudios. Mientras todo languidecía en Oriente, en

las dos heroicas naciones donde puso Dios el inexpugnable valladar del catolicismo, en España y Francia, todo se iluminaba, todo hacia presentir una gran alborada y el sublime estruendo del triunfo.

Pero la grandeza y brillo de esa época que admiramos no es la espléndida manifestacion del Océano en calma esplayando su voluptuoso seno de ultramar y oro; es por el contrario la majestad formidable de la enhiesta montaña, cuya cúspide descuella bañada de sol sobre la tenebrosa region de la tempestad y del torbellino. El interés y la solemnidad del período histórico que contemplamos están en la cruenta victoria, en el canto que sucede á la truculenta batalla; no en la magnificencia pasiva de una laurea indisputada.—La Cristiandad, la creacion politico-religiosa más grande que vieron los siglos, se constituia definitivamente: languidecia el feudalismo, lento y trabajoso ensayo de organizacion social, y empezaban á formarse las grandes monarquías; es decir, comenzaba el poder real á ser universalmente reconocido como único lazo de union capaz de armonizar los intereses discordes de los grandes y pequeños en el Estado. Como auxiliar de las monarquías, tomaba cuerpo en cada nacion el estado llano, que haciendo valer sus timbres industriales y literarios y su apoderamiento de la banca y del tráfico, arrancaba á costa de penosos esfuerzos, pero arrancaba al

fin, exenciones y privilegios. Ni eran sólo patrimonio de las potestades temporales los afanes y conflictos, que tambien la Iglesia los padecia harto crueles, y estaba muy léjos de ser todo prosperidad y bonanza para la providencial navecilla del Pescador. El principio de negacion y todas las sugerencias del espíritu de error alzaban contra ella oleadas pujantes, y la majestad del poder espiritual, la santidad de la tiara y la heroica abnegacion de sus milicias, no hicieron nunca más admirable contraste con la obstinacion de los déspotas, la depravacion de los magnates y el insensato orgullo de las escuelas extraviadas, que en los tiempos de Inocencio IV, de Federico II, de Enrique III, de San Luis y San Fernando.

Permitidme evocar la vida de generaciones que tienen su panteon á seis siglos de distancia de la época en que se agita la nuestra.—Aplicad el oido al rumor disorde que allá léjos, en la sombría y selvosa Germania, se levanta al eco fragoroso de una sacrilega pugna sostenida contra el Pontificado por el Emperador. Volved los ojos á esa inmensa region que dibujan al Norte el Rhin, el Vístula y el mar de Suevia, y que se dilata al Mediodia hasta el embalsamado verjel de las Dos Sicilias. ¿Qué dos figuras homéricas se presentan á vuestros ojos? Federico II é Inocencio IV. La encarnizada y secular contienda de las Investiduras mantiene armado contra el comun

Pastor al nieto de Barbaroja. Pero observadle bien: al afianzar en sus sienes con mano convulsa la corona del sacro romano Imperio, protestando no desceñirla sin derramar lagos de sangre; al blasfemar contra el Papa que le descomulga y contra el concilio que relaja el vínculo de la obediencia de sus pueblos; al estragar la Italia con las catervas de sus sarracenos y *condottieri*, derrotando al bando güelfo en Toscana y recobrando en Florencia los treinta y seis palacios de sus parciales; al reducir á duras prisiones á todo un cónclave de cardenales, no parece sino que hielan en sus labios la expresion irrisoria del deleite el lúgubre presagio de la derrota de Fossalta, que siega en flor la vida del hermoso Enzio, su hijo bastardo, ídolo y esperanza de los imperiales en Cerdeña y en el Milanésado, y el triste presentimiento de que el árbol lozano y altivo de los Hohenstaufen tiene puesta por la mano de Dios la segur al tronco, y su gárrula prepotencia va á desvanecerse en breve en el sangriento drama de Tagliacozzo, cuya escena final será un verdugo asiendo por el cabello la lívida cabeza del infeliz Coradino.

Y es que ha sonado la última hora para la hidra del feudalismo germánico: es que las dinastías de reyes y emperadores representan dinastías de ideas y de principios, y que sólo Aquél que reguló las estaciones de la civilizacion humana, y que sabe cuándo

debe sazonar y cuándo desprenderse de su árbol el fruto que ha de podreecer á su pié para dar sávia al nuevo brote, es quien conoce la mision reservada á la casa de Habsburgo. Mas no se llevará por cierto Federico II al sepulcro que le aguarda en Fiorénzuola el porvenir de la creyente y fantástica Alemania; que de entre las convulsiones del feudalismo señorial y monacal expirante, surge su cristiana libertad jóven y bella como la ondina de entre las algas del revuelto lago. Caerán, sí, juntamente con los castillos de los señores que agobian y tiranizan á la Iglesia, y caerán con espantoso fracaso de la empinada roca que les sirve de asiento, las soberbias mansiones románicas de los abades secularizados, trono del orgullo, de la concupiscencia y de la simonia; y las desplomadas columnatas de esas colosales abadías del Rhin, del Mosa, del Elba y del Danubio, de donde habia huido el espíritu vivificador del cristianismo, oyéndose sólo en sus contornos el eco de las trompas de caza y el latir de los sabuesos, servirán de asiento, cuando las tapice el musgo, á los honrados y sencillos moradores de la *Confederacion del Rhin* y de la robusta *Liga anseática*, para oír de boca de los errantes adeptos de la *tablatura*, ya los varoniles y épicos cantos de los *Niebelungen*, Iliada de la soñadora Germania; ya los romances caballerescos de *Federico en Tierra Santa*, del *Landgrave de Turin-*

gia, de *Eccelino de Padua* y del *Sultan Meledin*; ya los cuentos satíricos de *Salomon y Morolf*, desenfado inocente de los vagabundos caballeros de la *viola de amor*. La juventud alemana pasa de los talleres de las ciudades libres á las universidades de Oxford, Salamanca, Nápoles y Padua, y en la grande escuela de Colonia, tambien emancipada, bebe ansiosa los raudales de doctrina aristotélica y platónica que fluyen de los labios de aquel portentoso genio á quien el vulgo califica de *nigromante*, y á quien la suprema reguladora de todo verdadero progreso da en sus anales el nombre de *Alberto Magno*.

No se comprenderia la tremenda caida de la casa de Suevia si no se fijase la consideracion en los intereses que ella personificaba; ni el drama de esa dinastía feudal ofreceria claro argumento, no teniendo á la vista el otro drama de su codiciado feudo en la península italiana. Por la obstinacion en retener este feudo, por el monstruoso empeño de subyugar lo de más valia á lo ménos noble, y de sobreponer violentamente los lambrequines de su sombrío castillo de Meissen á los espléndidos blasones vénetos, lombardos y sicilianos, puede decirse que los sucesores de Othon el grande vendieron su patrimonio al amor de una seductora sirena que los habia llamado á su seno.

La terrible *liga lombarda*, tan funesta á Barbaroja, sigue nutriéndose de odios y esperanzas en to-

das las ciudades libres de las comarcas fecundadas por las nieves de los Alpes y del Apenino. No puede olvidar la hermosa Lombardia que al desmoronarse otro Imperio ménos odioso, cual era el de Carlomagno, se vió largos años Italia libre de Bárbaros, y que en aquella independencia hallaron su prosperidad las precoces repúblicas de Génova, Venecia, Pisa, Nápoles, Gaeta y Amalfi. ¿Qué mucho, pues, que aspire á negar á los descendientes directos de aquellos invasores el vasallaje que la humilla? Desgraciadamente esa tierra tan sedienta de libertad, llevaba en sus mismas repúblicas el gérmen del Cesarismo, porque éstas en el inmoderado anhelo de abrir á su actividad nuevos horizontes, se lanzaron á descubrimientos que las saturaron de espíritu pagano.—Fragmentos de la antigua escultura clásica revelan á los pisanos, gente dada á probar fortuna, parte de aquellas bellezas que tánto amaron los despóticos señores de Grecia y Roma. Otro fragmento de la ciencia antigua, rescatado por aquella misma república en el saqueo de Amalfi, los inicia en la vida pública y privada de los dominadores del universo. Pues bien, esos hallazgos serán una rémora para el progreso de Italia en las especulaciones de la razon y del sentimiento cristiano. Y en efecto, ya la escuela de legistas de Bolonia, infatuada con su Triboniano y atrincherada en el Digesto, lleva al oido del am-

bicioso Emperador la glosa de la *Ley regia*; ya el alucinado Juan de Vicenza, adocetrinado en esa escuela, presume persuadir á todas las ciudades, desde el estrado de oropel á que se ha encaramado, la necesidad de su unificacion legislativa á la manera romana; y ya el genio italiano, siempre propenso al sensualismo que la atmósfera nativa respira, cediendo al encanto de las arquitecturas del Oriente, cuyos caracteres habian combinado con los de la románica y lombarda Venecia y Palermo, ha creado para su privativo ejercicio un arte semi-latino, semi-bizantino y semi-griego, que le constituye en situacion excepcional y le exime de tomar parte en la gran tarea artistica que se habrá de llevar á cabo en el resto del Occidente. Harto anuncian en verdad los *duomos*, baptisterios y campaniles de Pisa, Padua, Pistoya, Volterra, Florencia y otras muchas ciudades, que tiene la Italia de los siglos XII y XIII en Buschetto, Diotisalvi, Buonanno y la numerosa falange que les sigue, fuerzas sobradas con que resistir en su dia la pujante invasion del arte ojival en su majestuoso desbordamiento.

Debemos ser sinceros: estudiando la situacion religiosa é intelectual de esa peninsula en el siglo de Inocencio IV, todavia no acertamos á discernir si fueron timbres de gloria ó verdaderos errores, por el tiempo en que se consumaron, esos inauditos

esfuerzos científicos, literarios y artísticos, hechos para asociar elementos tan discordes como los que amontonaron en aquel hermoso suelo desde la primera cruzada y expediciones marítimas de las repúblicas libres, por una parte la Europa allí agolpada para lanzarse á Grecia y Asia, y por otra las memorias de Asia y Grecia traídas de recambio á sus playas. El Oriente subyugado, por virtud de la misteriosa ley de las reacciones se abría paso al corazón de Italia con la magnética corriente de los recuerdos; y así se manifestaban en aquella época las pulsaciones que suelen denotar el hervor de la inteligencia y el flujo y reflujo de las ideas en los siglos críticos en que parece tener fiebre el mundo.—Dante evocará la sombra de Virgilio; Petrarca resucitará á Sófocles, Ciceron y Quintiliano; Boccaccio, por obra del griego Leoncio, restituirá al orbe la voz de Homero; pero cualquiera que sea el juicio que la posteridad pronuncie sobre esa civilizacion vertiginosa, engendradora de una inexplicable amalgama de hechos y de principios, la perspectiva que por de pronto se ofrece á nuestros ojos, es: el campo de Italia, en el crepúsculo de la llamada Edad moderna, sembrado de cadáveres de hermanos, Güelfos y Gibelinos, Blancos y Negros; allá en el horizonte, detras del idolo colosal del Antropomorfismo, al cual sacrifican los sacerdotes de un arte sensualista, tapando algunos con la coro-

na de laurel una sagrada y profanada tonsura, la fresca y rosada aurora del Panteísmo, cantado á la roja claridad de las antorchas por la orgía romana que vuelve de carrera al mundo; y en último término, una deslumbradora luz que ofusca y no vivifica ni enciende, que los *doctos* saludan como el sol del RENACIMIENTO, y en cuyo fondo, semejante al formidable anuncio que apareció en el festin de Baltasar, leen los más sesudos este tremendo aviso: REFORMA!

Dejemos á las universidades de Nápoles, Pádua y Roma, favorecer y fomentar ese renacimiento; dejemos á Nicolás Pisano romper con el cincel y el mazo la envoltura semi-bizantina de la estatuaria, y protestando contra las tradiciones que ligaron el genio de Ficarolo y de Gruamonti, arrancar al mármol el extinguido acento del naturalismo helénico; dejemos también á la deslumbradora y epicúrea corte de Federico en Sicilia, rivalizar con la de los Berengueres de Provenza, y paremos mientes en otro espectáculo más consolador.—La region encantadora que acarician las azules ondas del mar Tirreno y del Adriático, y que acepta dócil los halagos de la naciente musa erudita en los versos de Guinicelli de Bolonia y de Guittone Aretino, también palpita conmovida al eco de la santa caridad, y contempla arrobada al pobre fundador de las órdenes mendicantes sacando de la rudeza antipática á Brunetto La-

tini recursos insólitos para prorumpir en cánticos abrasados de un amor que rivaliza con el de los serafines. Á su lado el *Angel de las escuelas*, el incomparable Tomás de Aquino, pone su corona condal al pié de la cruz del Redentor, y alistado en otra gloriosa y santa hueste, encuentra en la sumision al dogma las alas con que se remonta hasta el trono de Dios, dejando como itinerario de su maravilloso y místico vuelo la *Suma teológica*, monumento el más admirable que alzó jamás el genio del hombre á la investigacion de la verdad y al cultivo de la razon. Sólo las dos milicias de franciscanos y dominicos, collar y diadema brillantes para la casta garganta y pura frente de la Esposa inmaculada de Jesucristo, indemnizaban ámpliamente á la apasionada y seducida Italia de los dolores de sus fraticidas contiendas.

Antes de detenernos en las dos grandes naciones que comparten con ella el honor del escolasticismo y de la predicacion con la palabra y el ejemplo, paremos la vista un instante en la perla del Océano, campo de justas de Sajones, Anglo-daneses y Normandos. La nebulosa Albion, la *tierra de los Santos*, madre fecunda de esforzados paladines de estatura gigantea, ojos azules y blonda cabellera, que movidos de espíritu aventurero acuden llenos de inquebrantable serenidad do quier que se abandera al-

guna gente apellidando á una arriesgada empresa, sea en Europa, sea en Oriente; por la tierra aquitana que le ha restituido la probidad de San Luis, forma aún cuerpo con la Francia, y por esta especie de ingerto recibe de ella la fecunda sávia que, unida á la que le ministra su sangre normanda, produce las primeras vislumbres de la literatura y del arte nacional.—Prescindamos de los esfuerzos que hacen en el campo de la filosofía y del derecho político, los adeptos del sutil Escoto, émulo de Santo Tomás, y los legistas de Oxford, concordados con los de Bolonia en su exagerado cesarismo.—A medida que la lengua y la literatura inglesa se van dibujando en la *Crónica rimada* de Roberto de Gloucester y en los poemillas que ensayan en sus humildes sistros y violas los ambulantes bardos del país (*minstrels*), los veinticuatro caballeros de la *tabla redonda*, cuyos nombres consignan los cantares de *gesta* y el mármol de Winchester, van dejando la escena como sombras que se disipan al rayar el día, llevándose los ecos normandos del *Santo-Graal*, de *Merlín* y de *Lanzarote del Lago*, y dejando desocupado el puesto á las interesantes y calurosas contiendas de la naciente nacionalidad.—Es singular el empeño de los Plantagenet en ambicionar lo que no les pertenece, menospreciando su verdadero patrimonio: achaque sin duda de la raza normanda, que puede per-

donarse en Roberto Guiscardo, pero no tolerable al anunciarse el siglo XIII en un Ricardo Corazon de Leon, aunque merezca por sus hazañas en Chipre, Asor y Tolemaida, el nombre de Aquiles de la edad media; ni siquiera en el indigno Enrique III, entrado ya dicho siglo. Esa codicia de lo ajeno los arrastra á disputar la Sicilia, primero á los Hohenstaufen y luego á la rama francesa angevina, malgastando en infecundas y lejanas correrías el nervio que debieron reservarse para quebrantar la altivez de los condes y barones. Y mal les avino de sus descabelladas empresas, porque expió Ricardo con duro cautiverio el arranque de insensato orgullo que le llevó á insultar el estandarte del duque de Austria en Palestina, y se vió Enrique lo mismo que su padre en el más desairado trance en que puede hallarse un rey delante de sus súbditos, que es el de tener que otorgar á la fuerza declaraciones que de grado no se quisieron hacer. La *Magna carta*, los *Estatutos de Oxford*, los acuerdos invasores del parlamento frenético (*mad parliament*), marcan la inevitable progresion ascendente de las aspiraciones de una raza grave, confiada y leal, pero sensible y enérgica en sus venganzas, cuando se vé huérfana de autoridad, mal administrada, agobiada de tributos, desustanciada, y escarnecida por los favoritos de insensatos monarcas que haciendo vida de caballeros andantes,

abandonan el sagrado deber de amar, gobernar y defender su pueblo.—Y es que ese pueblo crece y se forma, el estado llano contrae merecimientos, y como prueba de su sensatez y mesura, despues que logra en 1264 sentarse en el Parlamento al lado de los lores y de los representantes de los condados, vuelve á la sumision debida á su rey, como vuelve el leon á echarse á los piés del dueño que provocó su cólera.

Apartando ya la vista de los sangrientos debates que amenguan el prestigio de la autoridad imperial y real, y aún de la misma tiara, en Alemania, Italia é Inglaterra, espaciémosla en el cuadro consolador que nos ofrecen Francia y España.

Allende el Pirineo, la gloriosa dinastía de Capeto inaugura el siglo XIII obligando al osado Juan Sin Tierra á comparecer ante el tribunal de los Pares, que le condena á la confiscacion de todos sus feudos. La extension del poderío de Felipe Augusto, el Carlomagno de esa dinastía, pone espanto en los barones de las provincias sometidas y en todos los grandes feudatarios. El inglés desposeido y sus aliados Othon IV, los condes de Flandes, Boloña y Holanda, y los duques de Brabante y Limburgo, sufren el descalabro de Bouvines: allí las milicias de los municipios y de las iglesias triunfan de las huestes del feudalismo, y desde entónces la nacionalidad francesa,

descansando en la ancha basa de las inmunidades parroquiales y de los fueros otorgados á los pueblos, empieza á dar indicios de la sorprendente prosperidad que le está reservada en un porvenir inmediato. Poca tarea, al parecer, deja Felipe Augusto á su nieto Luis IX, el hijo inmortal de Berenguela de Castilla. Pero la política de los reyes santos es ménos estrecha que la de los reyes puramente políticos. La cobardía en la defensa del derecho, misero retoño del crimen de Pilato, y pecado el más imperdonable en todo el que ejerce potestad, no puede mancillar á un rey á quien la Iglesia ha de sublimar hasta sus altares: Luis Capeto comprende que el prestigio de la diadema está en el esplendor de la justicia y no en el número de sus florones, y despues de demostrar á los grandes sediciosos con los escarmientos de Meaux y de París, de Taillebourg y de Saintes, que la fortaleza no es enemiga de la mansedumbre, restituye al inglés la Guiena y se consagra á reconciliar á los magnates entresi y á promover la paz entre los grandes y el pueblo, y la fraternidad entre los principes que apelan á su arbitraje, esmaltando con actos de justicia y de templanza el cetro que su diestra paternal maneja como báculo amparador de su amada Francia. ¡Qué vuelo tan majestuoso y sostenido el de la razon humana al influjo de semejante prosperidad política y civil! Verdaderamente descuella la

monarquía de San Luis como árbol pomposo bañado por las aguas corrientes, acariciado por las auras refrigerantes, defendido de los vendabales, y asilo de las aves trinadoras: porque son esas aguas las buenas leyes políticas y la buena administracion interior, los *Establecimientos* (*Établissements de Saint Louis*) que escriben Pierre de Fontaine y Pierre de Villette, y los *Estatutos de los ciento cincuenta gremios*, que redacta Etienne Boileau; son esas auras las fecundas reminiscencias que el arte frances y la literatura su hermana reciben de los cuatro vientos para sazonar su fruto; son las aves trinadoras los troveras y los maestros del arte musical; y son por último su defensa contra los vendabales de las invasiones y revoluciones, la organizacion judicial, el tribunal de los pares, la institucion de milicias asoldadas, la disciplina universitaria, cierto ensayo de representacion nacional en el Parlamento, donde ya penetra el estado llano, aunque doblada la rodilla, y más que todo esto, un trono respetado por el feliz consorcio de la Justicia con la Caridad, y al cual sirven de cariátides y telamones los mismos señores que, encastillados ántes en los condados y ducados de Auvernia, Normandia, Artois, Turena, Poitiers, Vermandois y demas tierras feudales, amenazaron con sus tempestuosas iras despedazar la nave del Estado.

La industria francesa emancipada, sube otra vez

como en Grecia, en su parte más espiritual y noble, á la categoría de arte. Observad su asombroso desarrollo. Las corporaciones de pintores libres, una vez consignada su existencia legal en el *Libro de los gremios* de Etienne Boileau, adquieren tal expansion, que todos los objetos capaces de recibir la huella plástica del genio se cubren como instantáneamente de pinturas. Decorarse de brillantes frescos las catedrales, iglesias y abadías, los castillos y los edificios públicos: invadir el arte la madera, la piedra y todas las demas materias: llenarse de imágenes y ornatos los dípticos, los altares, los muebles, los paveses y escudos, y hasta los mismos arreos de los corceles y palafrenes, fué obra de pocos años. Igual fenómeno se observa en la escultura, subordinada ántes al oficio del tallista por la misma disposicion puramente simbólica de la estatuaria románica, y dotada ya de personalidad, aunque sin renunciar al modesto nombre de *imaginería*, al libertarse de la férula monacal con las demas artes sus compañeras. El solo movimiento de cabeza con que denotan su individualismo las preciosas estatuas de Nuestra Señora de París, de la catedral de Amiens, de las portadas laterales de la de Chartres, de los Apóstoles de la Santa Capilla, y de la fachada occidental de las catedrales de Reims, Auxerre y Lyon, os indica suficientemente que no duerme ya la estatuaria el sueño de la cri-

sálida dentro de la tosca cápsula románica ó de la primorosa envoltura bizantina, como lo durmió en los siglos xi y xii cuando decoraba el timpano de la catedral de Autun y las abadías de Vézelay y de Moissac.—Ni se limita á estas innovaciones el arte cristiano en Francia en el primer momento de júbilo de su liberacion. Á las peregrinas formas con que atavian al templo la pintura y la estatuaria, la música añade invenciones tambien inusitadas: poseido de alegría infantil el arte musical, dicta á Adam de Halle para la iglesia de Arras los singulares *motetes* á tres voces, en que forma el bajo el canto de una antifona ó de un himno con palabras latinas, y las otras dos voces, sobrepuestas como las plantas trepadoras á la cavidad de las escocias en las cenefas góticas, entonan, á manera de contrapunto florido, canciones de amor con palabras francesas.

¿Duermen la filosofia y la literatura mientras despierta el arte con tan varoniles alientos? Cómo era posible! No se agolpa ya en verdad la juventud tumultuosa en la Montaña de Santa Genoveva, ni en el espacioso atrio de Nuestra Señora de París, para saturarse de heréticos pensamientos como en los dias de Abelardo, de Gilberto de la Porrée y de Hugo de St. Victor; no presenciara el siglo otro estremecimiento igual al que produjo el ver fuera de sus arzones en la justa con el amante sacrilego de Heloisa á

un paladin del catolicismo como Guillermo de Champeaux; pero ve reverdecer el lauro ganado contra los que negaban la Trinidad y la Redencion por el santo y celoso abad de Claraval, Bernardo; y ve aniquilado el panteismo de Amaury de Chartres, intérprete infiel de Aristóteles, por la sólida ciencia que á raudales vierten en sus escuelas aquellos tres colosos de la filosofia, de la teologia y de la dialéctica, Alberto Magno, Tomás de Aquino y San Buenaventura, que sin ser franceses, pertenecen á todo el Occidente por las varias cátedras que ilustraron; como Santo Domingo, el obispo de Osma, San Francisco de Asís y San Raimundo de Peñafort, le corresponden por otros conceptos. Una lid fecunda entre los doctores seculares y regulares sostiene en la Universidad de Lutecia y en los numerosos Colegios del barrio de *Saint Jacques* la vida y el movimiento, y las inteligencias ejercitadas en el *trivium* y *quadrivium*, esto es, en la gramática, la retórica y la dialéctica,—la música, la aritmética, la geometría y la astronomía; se lanzan seguras á los estudios superiores de las matemáticas, de la medicina, del derecho y de la teología. ¿Ni cómo habia de faltar en esas escuelas, aun despues de eclipsarse aquellos rutilantes luceros de la filosofia escolástica, quien mantuviese el honor de la razon cristiana, cuando en un horizonte no ya muy lejano vemos acudir á ellas á saciar su sed de

doctrina á hombres como Juan de Salisbury, Rogerio Bacon, Raimundo Lulio, Brunetto Latini y Dante Alighieri?

La heregía provenzal espira: los trovadores laureados en las *córtés de amor* ven mudos anegarse el mágico brillo y el asiático fausto de los palacios de Arles, Marsella y Tolosa, en los pantanos de sangre de Bezières y Carcasona, como se ahoga el clamor de satánica orgía en el rugido de la tempestad y del incendio. Espiró también la guerra intestina de los pequeños estados; y la bandera azul flordelisada de los reyes de Francia emprende el vuelo desde las torres del palacio de *la Cité*, juntamente con la roja oriflama de San Dionisio y con los pendones de los santos patronos de los municipios, hasta las inhospitalarias playas tunecinas, llevándose en pos al santo rey, gala de su estirpe y bendición de su pueblo, que va á inmolarse en África por la grande y generosa idea de cubrir la vanguardia de la Cristiandad, amagada de nuevo por un postrer esfuerzo de todas las naciones y tribus mahometanas. Tan temeraria parece su empresa, cuyo alcance él solo comprende, que el mismo *Sire de Joinville*, su historiador y fiel compañero de cautiverio, rehusa esta vez seguirle, y se queda á cultivar y ennoblecer la ruda prosa de Villehardouin, contribuyendo así á avalorar la literatura de su

patria, en tanto que los troveras del Norte,—los que medran en el decoroso trato de la musa épica y heroica entonando *lais*, fábulas y romances caballerescos, en la lengua varonil de la orilla derecha del Loira,—preparan también por su parte el desquite que de ellos se promete la poesía francesa después de la extinción de la provenzal.

Diríase que no era posible en la revuelta y turbulenta edad-media alcanzar mayor grado de prosperidad y bonanza. Émula sin embargo de la Francia de San Luis en verdadera civilización y cultura era la España de San Fernando.

Si con nuestras sintéticas ideas modernas un trovador ó trovera del siglo XIII, al contemplar con los ojos de la fantasía nuestro estado social desde la cumbre del Pirineo, hubiese querido representar en una gran alegoría el admirable conjunto de los tres reynos que se repartían la Península ibérica; habría sin duda figurado en un grupo, digno del cincel de Fidias, á Castilla en la apostura decorosa, serena y temible de la Minerva griega, armada con su venablo, rodeada de los emblemas de las ciencias y de las artes, acumulados á sus piés por los genios del Oriente y del Occidente;—á su derecha, abrazado á ella, el reyno de Aragon, en forma de impetuoso mancebo, que dejando caer el laud del trovador barcelones ó provenzal, su favorito deleite,

acude con la diestra al hierro y señala con la siniestra mano á lejanas provincias de allende los mares, adonde se lanzará en breve sediento de aventuras y de gloria;—á la derecha de Castilla, el naciente reino Lusitano, tambien impelido por el destino á traspasar los procelosos senos que son espuela á sus épicos brios, y á intentar en Africa y Asia empresas no ménos fecundas que las de Cataluña y Aragon.—El pequeño y alentado reino de Navarra no figura en el grupo: mucho ántes de la muerte de San Fernando habia pasado á acrecentar las preseas de la Francia, como dote adquirido por un afortunado conde de Champagne.

La marcha grave y mesurada de España en la centuria que contemplamos, es nada ménos que una solemne marcha triunfal. Gonzalo de Berceo, que en alas de su mística fantasía, al revelar á los monjes de Silos su *Vision de las tres coronas* casi trazó el rumbo á los vuelos del Dante, hubiera quizás podido levantarse á la contemplacion de la síntesis histórica de su siglo, y cediendo al gusto ya entónces incipiente de la erudicion clásica, comparar al varon triunfal de las Navas con Paulo Emilio, Pompeyo y Tito, consagrándole en estrofas de *cuaderna via* un poema no inferior á los que dedicó á Santo Domingo de Silos y á San Millan de la Cogulla. Á Berceo no se le ocurrió el hacerlo ; pero bien podríamos noso-

tros imaginarnos que alguno de los grandes poetas del siglo de D. Juan II, en que tanta aceptacion lograron los *trunfos* como ejercicio docto de la musa lirica, abrazando con una mirada el período que media entre la gran victoria de Muradal y la conquista de Sevilla, hubiese cantado en sonoras coplas de arte mayor el lauro tributado al hijo de Berenguela. Y con igual licencia podemos suponer, que inspirando esas estrofas el genio de un escultor, encargado de desarrollar en la larga espiral de una columna como la Trajana ese mismo triunfo, tuviéramos eternizadas por el bronce las hazañas de tan portentoso héroe, en bajo-relieves que nosotros, humildes glosadores, interpretaremos de la manera siguiente.—Ese primer grupo que á todos precede, ocupando el lugar que en el triunfo mayor romano correspondia al Senado, es la reunion de las aristocracias del Estado, de la Iglesia y de la inteligencia, cuerpo venerado que vela por la conservacion de las leyes constitutivas de la nacion y dirige su política interior y exterior. En él figuran el Consejo del Rey ; prelados como D. Raimundo de Segovia, Don Juan Arias de Santiago, D. Gutierre y D. Sancho de Córdoba y Coria; maestros de las Ordenes militares, como D. Fernando Ordoñez, y el Josué de la milicia de Santiago, D. Pelay Perez Correa; entre los ricos hombres el almirante Bonifaz, el comen-

dador de Alcañiz, D. Rodrigo Gomez Giron, Don Gutier Suarez de Meneses, D. Ordoño Ordoñez de Asturias, los Ponces, los Haros, los Yañez y Quixadas; además algunos abades de monasterios, y los diputados de las ciudades, que no sin razon aspiran al título de procuradores de las mismas desde que, en las cortes de Leon de 1188, lograron penetrar en el recinto de la representacion nacional: medio siglo ántes de ser llamados al parlamento inglés los diputados de los Comunes.—Siguen precedidos de trompas, añafles y atabales, los carros que conducen los valiosos despojos del Islamismo vencido. Los objetos más primorosos y delicados son llevados en andas sobre los hombros de la tropa vencedora, como llevan los soldados romanos en los bajo-relieves del arco de Tito la Mesa de oro, el Candelabro y la demas riqueza arrebatada al templo de Jerusalem. Aquí van acumuladas todas las maravillosas obras de la ciencia y del arte islamita, enseñadas en sus escuelas y academias y confiadas á las voluminosas bibliotecas arábigas de Toledo, Jaen, Córdoba, Sevilla y tantas otras poblaciones: á las lujosas mezquitas, á los suntuosos alcázares, á los palacios y castillos, á las quintas y casas de recreo de los Califas, régulos, wazires y magnates hispano-sarracenos;—las ricas sederías y perfumes de la Iraca,—los tapices de Persia y de Almagreb,—las armas de Damasco,—los tafiletés y gua-

damecies de Córdoba y Marruecos;—y para que no faltan en el cortejo triunfal las creaciones de la galana é incomparable arquitectura arábigo-bizantina y mauritana, van en esas andas los modelos de las peregrinas mezquitas y palacios con que se ennoblecieron las capitales de los Umeyas, Almoravides y Almohades, en las riberas del Tajo y del Guadalquivir.—En el triunfo romano sigue á los despojos la victima, cuya presencia se anuncia con tropa de flautistas ó *tibicinas*; en el triunfo que describimos sustituye á la flauta antigua la melodiosa *Cantiya*, y al blanco toro ataviado con coronas y guirnaldas, una representacion más elocuente y pura del sacrificio que la ley del Evangelio exige del triunfador. ¡Qué victima más acepta que el mismo hombre! ¡Qué sacrificio más grato á Dios que el propio sacrificio! ¡Qué víctimas y qué victimarios comparables á esos ángeles de la caridad, que alistados en la santa milicia de Asis y de Santo Domingo, acompañan do quiera á las haces de Fernando III, para amansar el furor de los combatientes, restañar la fe que con la ira fluye de las heridas, y conquistar para el cielo las almas de los que sucumben! A las dos sagradas órdenes de predicadores y mendicantes corresponde, pues, el honor de las ínfulas y guirnaldas, desde que en el propio sacrificio vinculó Cristo el progreso del mundo.—En pos de la victima vienen las armas, los

estandartes, las enseñas é ingenios de los vencidos. ¡Qué preciosos museos de arreos de guerra y trofeos militares no formó la infatigable debeladora del Islam, con sólo suspender de los pilares y bóvedas de sus templos, no ya los copiosos despojos de Calatañazor, las Navas y Sevilla, sino una mínima parte del botín de cada día! Así guardan Tudela y Roncesvalles las cadenas del Emir Almu-
menin; así el Duomo de Siena los trofeos de la batalla del Arbia!—Seguían tras sus despojos, como para hacer más duro el vencimiento, los reyes, príncipes y generales prisioneros, con sus infelices familias, y detras los cautivos abrumados de cadenas. Esta parte del triunfo gentilico repugna á la generosa y católica España, cuyos reyes no exultan con el oprobio de los monarcas sojuzgados.—Formando larga hilera á estilo de los antiguos lictores, los oficiales inferiores de la casa y córte del rey de Castilla anuncian la llegada del invicto Fernando III. La carroza que le conduce avanza con lento y mesurado paso estrujando la verde juncia y la olorosa jara, juntamente con las flores que arrojan bajo sus ruedas. Acompañanle sus hijos, hermanos y deudos. Ese príncipe jóven y animoso que rige fogoso corcel y lleva pendiente del arzon la llave morisca de la *Torre de la Plata*, cuya guarda le corresponde como alcaide, es el infante D. Alonso, futuro rey de Cas-

tilla y de Leon, que por su gran saber alcanzará el renombre de *Sábio*. Él pondrá á contribucion la ciencia del mundo entero, sagrada y profana, antigua y moderna, de Oriente y Occidente, para dotar á su pueblo con las inmortales *Leyes de Partida*. El funesto empeño de ceñir la corona del sacro Imperio le hará perder la paz y el reino, y cuando se vea abandonado de todas sus ciudades, á excepcion de la leal Sevilla, prorumpirá en estas sentidas querellas:

Commo yaz solo el rey de Castiella,
Emperador de Alemanna que foé!..
Aquel que los reyes besauan el pié,
Et reynas pedian limosna en manciella!
Aquel que de hueste mantouo en Seviella
Diez mill de á cauallo et tres doble peones!..
Aquel que acatado en lejanas naciones
Foé por sus *Tablas* et por su cuchiella!..

El otro personaje que cabalga á su lado ostentando la llave de la *Torre del Oro*, es el Infante don Alonso de Molina, hermano del rey, egregio por su sangre y su porte, de hermosas y varoniles facciones. D. Jaime I de Aragon, conde de Barcelona y Rosellon, señor de Mompeller y rey en breve de Valencia y Mallorca, sobresale en este grupo por su atlética figura y las vistosas galas con que la cubre; más sobresaldrá aún en lo futuro como legis-

lador, político y guerrero. Distingúense también los Infantes de Aragón, y D. Pedro de Portugal, y el conde de Urgel..... todos refrenando briosos corceles de guerra. Va al lado de la carroza el caballo de batalla del rey, que lleva hincada en el arzon de la recamada silla la imagen de la Virgen, cuya divina asistencia no le faltó nunca en la pelea. En la diestra de Fernando la temible espada; invisible aureola de santidad rodea su persona. En su frente el beso de Dios; sobre su cabeza, en vez de la corona triunfal que sostenía entre los gentiles el esclavo público, una corona de estrellas que no alcanza á distinguir la vista humana y que le trajo del guardajoyas del cielo un ángel con luengas alas de záfiro. — Los caudillos de todas las milicias por las cuales triunfó la regenerada España en los campos de batalla, en las escuelas de las iglesias, en las cátedras de las universidades, en las cortes y municipios, en los claustros, en los talleres, en los gremios, y hasta en el público estadio de las letras, ya eruditas, ya vulgares, guardando el orden con que marchaban los oficiales superiores romanos, Legados, Tribunos y Caballeros, cierran el inmenso cortejo al frente de sus numerosas legiones de guerreros, legistas, escolanos, monjes, artífices, artistas, trovadores y juglares de péñola y de boca. Aquí entran al par con los Adelantados y Merinos mayores, los adalides, almogavares, almocadenes y

naucheres, en suma, todos los que mandan gentes de mar y tierra, los magistrados municipales que también conducen sus mesnadas, y los pendones y estandartes de los concejos y behetrías, confundidos con los de los reyes y señores. Como es Castilla la nación más avanzada en prácticas de libertad municipal, es también la que precede á todas en la formación de su estado llano, y la influencia de éste en la política y la milicia es tan visible, como su temprano apoderamiento de la ciencia, del arte y de las industrias. También estas ramas del saber componen sus falanges. Esos que veis gravemente preocupados en la difícil tarea de concordar á los *decretistas* con los *decretalistas*, y que cultivan la ciencia del Derecho sin la mezquina rivalidad que envenena á los secuaces de los Azones y Sicardos, son los doctos jurisconsultos que ya se aprestan á la grande obra de *Las Partidas*. Sus timbres son sencillamente los de *maestros* y graduados en las universidades palentina y salmantina; sus títulos de nobleza, sus propios nombres: el maestro Jacobo de las Leyes, maestre Nicolás, maestre Fernando, maestre Martín, maestre Juan, etc. Los que se ejercitan en el arte libre de los Tiodas, Vivianos, Froilacos y Velascos de Viegas, ostentan por timbres las construcciones románicas de Ávila y Segovia, Salamanca, Zamora, Leon, Toro, Sahagun, Tarragona, la Cal-

zada, Ciudad-Rodrigo, Tortosa, Poblet, Estella, Sangüesa, de toda la España cristiana anterior al siglo XIII: y aunque fascinados por la nueva escuela de arquitectura que va tomando cuerpo en el Norte de Francia, y algo seducidos por las deslumbradoras cúpulas que levantan los árabes andaluces y los mudejares, todavía oyen con respeto á los maestros de Cluni y del Cister, por el prestigio inherente á un arte que supo generalizarse é imponerse con el mismo imperio que ejerció el arte antiguo romano, y que en el universal desconcierto producido por el derrumbamiento de la colosal creación de Carlomagno, fué casi la única forma de arquitectura que conoció el Occidente. Esos otros que manejaron su cincel en las catedrales de Santiago y Tarragona, son los escultores Mateo y Bartolomé, formados fuera de los claustros cluniacenses. Los poetas seculares, ya de *clerezía*, ya populares, coetáneos de Berceo y Juan Lorenzo de Astorga, forman tan compacta falange, que apenas podemos detenernos á señalarlos personalmente. Dos de ellos, Nicolás de los Romances y Domingo Abad de los Romances, acaban de ser honrados con repartimientos de tierras en la reconquista de Sevilla. Los oficios é industrias han sido también objeto de la solicitud del Santo Rey, y los *sederos*, *plateros*, *tratantes de lienzos*, *borceguineros*, etc., quedan constituidos en gremios

en la misma opulenta ciudad. Todos estos emancipados, última porción atropada, confusa y polvorienta de la pomposa ceremonia triunfal, levantan las manos y las voces al cielo blandiendo ramos de laurel y entonando vítores, y celebrando por fin, como en los triunfos romanos acontecía, no sólo las hazañas del varón triunfal, sino también y más principalmente sus propias hazañas. Condición ingrata de las túrbas!

Este es el triunfo de la España de San Fernando. No se dirige desde el campo Marcio al templo de Júpiter Capitolino, pero sí desde todos los campos de sus victorias al deseado término de sus empresas, que es la dominación de la razonable y fecunda Ley del Evangelio. Y aquí termina el bosquejo del estado social é intelectual de esta parte del globo en que parece residir el cerebro del mundo, desde los primeros albores del siglo XIII.

Hemos entrevisto la constitución de las diferentes nacionalidades con su idioma y su literatura especiales; y hemos presenciado también las tendencias de todas las grandes naciones á la unidad en religión, filosofía, sistema político, legislación y artes. Pero de seguro habeis observado que en lo que más identificados aparecen todos los pueblos de Europa, es en el libre ejercicio de la razón: libre, se entiende, en el inmenso campo de su fe; y que las dos manifesta-

ciones más grandiosas de su madurez intelectual se verifican en el Escolasticismo y en la Arquitecturá.

Las enojosas disputas de *realistas* y *nominalistas* no habian sido infecundas: ellas prepararon el humano entendimiento para que la filosofía aristotélica diese el debido fruto: ellas sirvieron de instrumento para confundir el letal panteismo de Amaury y convencerle de que toda la filosofía del Estagirita respira el principio vivificador de la dualidad de sustancia, que es el mayor antagonista de la funesta doctrina de Parménides; y obtenido este triunfo, nada se opuso ya á que las obras de Aristóteles fuesen el cimiento de la doctrina para Alberto Magno, Tomás de Aquino, Escoto y todos los grandes pensadores de aquella época. «El arte »de racionar, dice un filósofo de nuestros dias, no »llegó jamás á tan alto grado de perfeccion..... ¿Á »qué debe atribuirse esta gloriosa resurreccion de la »filosofía? Cuando la investigacion se detiene delante »de un hecho poco importante, que sin embargo ha »bastado para trastornar la faz del mundo, se suele »confundir la causa necesaria con la accidental. La »causa necesaria es el hecho interno que se produce »conforme á la ley de los destinos humanos; la causa »accidental es el hecho externo que sirve de ocasion »á que la ley se manifieste. Diremos, pues, que en el »siglo xiii el pensamiento debia tomar el nuevo des-

»arrollo que ha hecho de aquel siglo, tanto en las »ciencias como en las artes, la gran época de la Edad »media, y reconoceremos por otra parte que la lec- »tura de la Física y de la Metafísica de Aristóteles, »traducidas y comentadas por los árabes, determinó »accidentalmente aquella nueva agitacion de la inte- »ligencia.» ;Cuál no debió ser la satisfaccion de los últimos escolásticos del siglo xiii cuando tuvieron en sus manos aquellas preciosas reliquias, cuya existencia les era desconocida! Cuánto se adelantó desde entónces en la exactitud de las ilaciones, en el hábito de descubrir cualquier defecto que pudiera viciar una induccion! De la escolástica salieron gran copia de axiomas lógicos que han prevalecido en todas las escuelas posteriores, que todavía se reconocen como reglas infalibles de los racionios, y que eran el abecé en el siglo xiii, lo mismo que para el teólogo y el filósofo, para el obrero constructor, para el artista arquitecto, para el estatuario y para el imaginero.

Creemos no haber aventurado una especie inde- mostrable al establecer desde un principio cierto paralelo entre la *Suma Teológica* y la *Catedral gótica*, presentándolas como las dos más admirables creaciones del siglo xiii; porque una y otra nos manifiestan que de todas las facultades humanas, la que más cultivaron los filósofos y los artistas de ese siglo

fué la razon, y que ésta fué en sus obras un instrumento de tan delicado temple como se colige de las maravillas que con su ayuda realizaron: maravillas celebradas de todos cuando la razon se ejercitó en materia sólida y tangible, y desconocidas de la muchedumbre cuando el campo de su ejercicio fué la metafísica ó la teología.

Viniendo al mundo la arquitectura llamada *gótica*, *ojival* y *vertical*, que con todos estos nombres se la distingue, cuando más razonadora y lógica aparecia la Edad media, fuerza era que no le faltase una causa poderosa para adoptar la maravillosa y esbelta forma que la distingue. ¿Fué la mera idea simbólica del ascetismo que extenúa la materia y en cierto modo tiende á levantarla con su espíritu hasta Dios, la causa de tan notable transformacion? Locura sería pensarlo: cada pueblo hubiera expresado esa misma idea de un modo diferente. Por otra parte, no es de suponer mayor fervor religioso en los constructores libres que en el siglo XIII salieron de los talleres formados á la sombra de los monasterios, que en los piadosos monjes que fueron sus maestros: no podemos imaginarnos que las corporaciones de arquitectos seculares que con el nombre de *francmasones* se esparcieron en aquella centuria por toda Europa desde sus focos de Strasburgo, Colonia, Viena y Zurich, tuviesen más amor á Dios y al pró-

jimo, más humildad, más abnegacion, más desprendimiento de las cosas terrenas, que las legiones de benedictinos que civilizaron la Europa en los siglos anteriores. No habia, no, más fe en el siglo de San Luis y San Fernando; lo que habia era que la fe aparecia en consorcio más íntimo con la razon, y que la razon alcanzó un desenvolvimiento cual nunca habia obtenido; por lo cual, cuando llegó la época de que el arte secular, discípulo de las escuelas de la Iglesia, devolviese obsequioso á su maestra la merced que de ella habia recibido, pudo verificarlo preparando para la Iglesia misma la más espléndida morada que vieron jamás los pueblos evangelizados: no de otra suerte que el hijo piadoso, si es abundado en bienes de fortuna, ofrece á la cariñosa madre que le crió con trabajos é indigencia, una mansion cómoda y placentera donde se regocije de haberle dado el ser.

De tal manera es el arte ojival producto de la razon, que si bien se advierte, el sistema de construccion que en todo él domina no es otra cosa que un verdadero y formal silogismo escolástico: el empuje y el contraresto como premisas, mayor y menor; el equilibrio como consecuencia. Por ser un silogismo mal fraguado la arquitectura de muchos templos del siglo XII, en que se ensayaron los empujes oblicuos sin haber acertado á poner donde convenia los con-

trarestos, se desplomaron en Alemania, Francia y España multitud de bóvedas románicas de muy insignes iglesias parroquiales y abadías; y si no vieron al suelo los edificios de San Martín y San Cristóbal de Salamanca, donde hoy mismo podeis observar así el desplome causado por empujes no contrarestados, como la extraordinaria cohesión de los materiales de aquel país, fué por un milagro patente del cielo, porque permanecen en pié sus gibosos y deformados pilares, inclinados al exterior, después de una vida de siete siglos, como dura á veces corcobado y contrahecho hasta llegar á viejo el hombre que se crió raquítrico de niño. El escarmiento que los constructores de la época románica sufrieron cuando se lanzaron á cubrir con bóveda vastos espacios, les hizo ser cautos ántes de la conclusión de otras fábricas empezadas con igual arrojó, y así es frecuente ver en algunas de nuestras ciudades de Castilla, como Zamora, Avila y Segovia, iglesias que llevan en columnas adosadas, que primitivamente se dispusieron para sostener cinchos de bóveda, y que hoy no ejercen oficio alguno, la señal infalible de tales arrepentimientos.

El empuje lateral y su contraresto son las premisas: el equilibrio debe ser la consecuencia; y así es en efecto; pero de tal manera fué innovadora esta lógica de la arquitectura ojival, que la arquitectura

clásica antigua representaba un principio enteramente opuesto. La arquitectura griega y romana, arte de mera gravitación y de resistencias pasivas, no conoció para los arquitebres y arcos más sostenes que las columnas y los machones, ó los robustos muros; la verdadera bóveda romana no hacia en rigor empuje, porque era una especie de cascarrón vaciado á molde, sin elasticidad ni juego de presiones; los sostenes en que descansaban lo mismo ella que el arquitebre, ofrecían una resistencia completamente inerte, casi diríamos brutal. Permitidme que haga hablar al ladrillo y á la piedra el lenguaje del apólogo; que no fueron sólo reservados para el Cid ciertos arranques

Que farán hablar las piedras.

Dice el arco romano al fuerte machón ó al muro, y el cornisamento griego á la columna, con el imperio del déspota que se dirige al siervo: Aguanta mi peso. El arco gótico, dudando encontrar en el esbelto y delgado pilar sobre que descarga, toda la resistencia necesaria para que á su empuje lateral no se quebrante, le dirige esta premisa condicional: Voy con mi empuje al punto *A*, si lo resistes permaneceremos en equilibrio siglos y siglos. El arbotante que está á la parte opuesta, erguido y como encabritado sobre el contrafuerte, y en disposición de topar en el

mismo punto *A*, anuncia á su vez esta premisa menor: Yo resisto todo el empuje que pudiera conmoverte. Y finalmente el pilar que siente anuladas en sí las dos fuerzas opuestas, saca triunfante esta consecuencia: ¡Luego duraremos tanto como las moles de Tébas y de Karnac!--Despréndense de la construcción ojival multitud de silogismos, y otras formas no silogísticas de buena argumentación, pero de pura raza escolástica. El arquitecto del siglo *xiii* ejercita todos los instrumentos y recursos de la dialéctica, ya para resolver el problema más complicado de la solidez de los pilares cuando fuerzas contrarias que obran en diversas alturas los solicitan á quebrantarse en sentidos también diversos; ya para evitar los enojosos accidentes producidos al hacer los materiales su asiento. El arte pagano, en suma, simbolizaba el precepto; el ojival, el argumento, el raciocinio, la enseñanza. Era aquel, como la ley romana, el mandato conciso y sin motivos; éste es el precepto razonado, formando cuerpo de doctrina, como la Ley de Partida que va en breve á formular la ciencia social del Rey Sabio.

Pero me preguntareis ¿qué necesidad había de producir esa transformación tan sustancial en el sistema de construcción? ¿por qué no continuar acomodando los principios del arte antiguo á las necesidades públicas de las sociedades modernas? ¿Se di-

vorció por ventura la clásica Italia de su elegante y bella arquitectura lombardo-bizantina? ¿No pudieron seguir su ejemplo las demás naciones del continente europeo?—Cabalmente la resolución de estas diversas cuestiones hace resaltar más la necesidad de la gran revolución arquitectónica que nos ocupa. Si por una ley providencial, cuyo objeto es un misterio para la historia, los pequeños Estados de Italia pudieron esquivar la constitución de una gran monarquía, y se hallaron bien avenidos con sus construcciones constantinianas y semi-bizantinas, y con las prácticas que les legaron Buschetto, Diotisalvi, los Pisanos, Giudetto de Luca, Lorenzo Maetani, Arnolfo de Lapo y los demás arquitectos de Pisa, Orvieto, Padua, Florencia, etc.; no por ella debemos creer que hubieran podido sustraerse las demás naciones á la ley, también decretada por la Providencia, que las llamaba á una completa demudación de la forma pública y externa de su culto.

Todas las grandes transformaciones ocurridas en el arte de construir han sido resultado de dos elementos, uno variable y otro permanente. El elemento variable es la necesidad de cada época; el fijo é inmutable es el sentimiento de lo bello, de más noble origen que las inestables exigencias de lo que se llama *buen gusto y moda*. No porque nos representemos á San Luis administrando justicia bajo el roble de

Vincennes, hemos de creer que las grandes solemnidades religiosas y civiles de la corte del nieto de Felipe Augusto, que reunía bajo su cetro casi toda la Francia actual, habían de poderse celebrar en las reducidas iglesias de *la Cité* y de *San German de los Prados*. Los templos románicos parecían angostos y sombríos á los habitantes de una capital ya fastosa y opulenta: los macizos pilares cilindricos obstruían su ámbito, y la falta de espacio era obstáculo á la numerosa concurrencia de los fieles. Su aspecto exterior por otra parte era ya reputado tosco y grosero, é inarmónico con las galanas costumbres del nuevo municipio. En los palacios y edificios públicos resaltaban los mismos inconvenientes. No eran por cierto las residencias de los emperadores y reyes de Alemania, Francia é Inglaterra, los encantados alcázares de Sicilia y Andalucía, y por esto en el Norte de Europa la arquitectura civil seguía aceleradamente los pasos de la arquitectura religiosa. Necesitábanse en suma en las regiones ménos favorecidas que Italia y el mediodía de España por la sonrisa de los cielos, y donde sin embargo el vigoroso poder real desplegaba ya sus joyantes doseles, templos espaciosos, de un ámbito hasta entónces inusitado, en que los puntos de apoyo interiores tuviesen el menor diámetro posible: basílicas bien ventiladas é iluminadas, diáfanas, exentas de estorbos para la

visualidad de sus elevadas y anchurosas naves, bajo cuyas extensas bóvedas pudieran cómodamente manifestarse en días solemnes la gala y pompa de una numerosa corte y la pintoresca variedad de las clases que constituyen un grande Estado.

Conviene no olvidar que las catedrales en el siglo XIII no tenían por destino único el culto: celebrábanse en ellas asambleas, representábanse los *misterios*, agitábanse los negocios del procomunal, se pleiteaba, se discutía, y hasta se ejercía el tráfico por tolerancia de los mismos obispos, que recordaban sin duda el origen romano de la *cathedra* y de la *basílica*. Más aún, servía la catedral de teatro para fiestas, farsas y mogigangas asaz profanas, como la de los *Locos* que se hacía en Laon, y la de los *Inocentes* que allí mismo se celebraba, de la cual fué sin duda genuino reflejo la fiesta del *Obispillo*, paródia que se perpetuó en nuestra catedral de Sevilla hasta el último tercio del siglo XVI. No era posible trasladar á las brumosas orillas del Elba ó del Sena las risueñas y galanas tarbeas moriscas cubiertas de dorado alfarge ó toldos de púrpura, ni prudente el cubrir los templos y salones palatinos con armaduras de madera, tan perjudiciales para todo el edificio en los incendios, y de tan escasa duración en los húmedos climas septentrionales. Así, pues, el difícil problema arquitectónico que ya desde el reinado de Felipe Au-

gusto en Francia empezó á plantear la monarquía centralizadora; fué cubrir con bóvedas duraderas los más espaciosos recintos, dejando al interior la mayor diafanidad posible.

La solución de este problema, destinado á cambiar la faz de la arquitectura de la edad media, no fué obra de un momento de inspiración; no brotó del entendimiento humano en un instante dado, como brotó Minerva armada del cerebro de Júpiter; fué parto laborioso de medio siglo de observación perseverante, de tentativas, ensayos y probaturas de todo género, y galardón de meritisima y casi desesperada lucha con las antiguas prácticas y resabios arquitectónicos. No que hubieran dejado de meditar los arquitectos de la época románica en el Norte de Francia, desde los siglos x y xi, en la empresa de embovedar las naves de las basílicas, abriendo en ellas luces directas, sirviéndoles de escuela el triste recuerdo de tantos santuarios reducidos á cenizas durante las periódicas invasiones de los crueles Normandos; sino que limitados sus esfuerzos á proporcionarse templos de exiguas dimensiones, embovedados y bien alumbrados, no pararon mientes en la posibilidad de adelgazar los pilares de sostenimiento, variando el sistema de contrarrestos; y fué menester que esta nueva exigencia social hiciese presión en el ingenio de los construc-

tores de la Isla de Francia, Champaña y Borgoña en la época del engrandecimiento del poder real, para que se advirtiese que ya en algunas iglesias de Normandía estaba como iniciado el arbotante en la sección transversal de las bóvedas de las naves menores construidas en cuadrante de círculo. Y en efecto, si las bóvedas por arista sólo ejercen su empuje en los puntos de arranque; ¿á qué darles un contrarresto continuo por medio de un semicañon no interrumpido, como se verificaba en las citadas iglesias normandas, cuando bastaban para mantener el equilibrio de los apeos secciones de semicañon que sirvieran de contrafuertes espaciados? Y espaciando estos puntos de contrarresto ¿no podían abrirse entre unos y otros todas las luces necesarias para iluminar la nave central? ¿Y era menester que los pilares de que arrancaba la bóveda fuesen tan macizos y voluminosos, desde el momento en que los contrafuertes exteriores les aliviaban del oficio de sostener por sí solos el embovedado de la nave mayor? Pero en construcción, como en todo, los procedimientos más naturales y sencillos son los más difíciles de descubrir, y hasta que á fines del siglo xii se hizo manifiesto el preciosísimo recurso del arbotante, transcurrieron para el arte arquitectónico dos mortales siglos de esperanzas frustradas, catástrofes y dolores, que nunca la edad moderna sabrá agradecer debida-

mente á los infatigables y heróicos constructores benedictinos.

Las crónicas de la edad media están llenas de leyendas en que se refieren aquellos no siempre fecundos afanes. Un monje arquitecto, por ejemplo, despues de haber cavilado meses enteros sobre el modo de cubrir la iglesia que está construyendo, se duerme cansado, encomendando á la Virgen y á su Santo patrono el éxito de su ingrata tarea. De repente se le aparece en sueños, ya la hermosa madre del Salvador, ya un ángel resplandeciente, ya un personaje desconocido y misterioso que le revela el modo de terminar la santa casa de Dios. Despierta el buen monje, corre alegre á la obra, en cuya cima, á la dudosa claridad de las estrellas, cree divisar las alas brillantes de los espíritus celestiales ocupados en escombrar los lechos de los sillares y preparar los morteros para fraguar la bóveda. Cúbrese en efecto la iglesia, merced á la subitánea inspiracion de aquel místico sueño: dura cubierta algunos meses, y ¡oh doloroso desengaño! á pesar de la soñada proteccion del cielo, viene á tierra con inesperado fracaso!

Los arquitectos seglares y libres, que cansados de la deficiente escuela monástica pugnaban por desprenderse de ella, llenos de emulacion y de ardor por el adelantamiento de su arte, y favorecidos por

los reyes y prelados, acertaron á fijar un principio que, llevado hasta sus últimas consecuencias con la perseverancia propia de la época varonil que dejamos bosquejada, dió por resultado el sistema ojival completo.—Los empujes de las bóvedas, pensaron, obran en direccion oblicua; los contrarestos de consiguiente deben ser tambien oblicuos. Afirmemos estos contrarestos en el recinto exterior del templo, donde nos es permitido dar á los estribos y contrafuertes todo el desarrollo necesario, y tenemos suprimidos los voluminosos machones románicos, convertidos en meros tabiques de cerramiento los antiguos y macizos muros, y adiafanado el interior de una manera nunca vista por los hombres de las edades pasadas. Pero el arco romano de medio punto ejerce un empuje demasiado considerable para que se le pueda levantar á la inmensa altura que reclama el ámbito, tambien inmenso, que hemos de cubrir; por otra parte, ese empuje tiende demasiado á la horizontal. Sustituyamos para los *arcos dobles* á la cimbra de medio punto la cimbra apuntada, aunque conservemos el semicírculo para los *arcos formeros*; demos á la resultante de los empujes la mayor verticalidad posible, para que el contraresto, partiendo de más bajo estribe en contrafuertes de poca altura y gran solidez; proscribamos además las bóvedas de cañon y semi-cañon en las naves menores, hagámoslas

tambien por arista y apuntadas, y para robustecer los pilares que han de servirles de contraresto hácia el lado de la nave central, aumentemos en ellos la gravitacion y la cohesion: démosles un suplemento de peso, levantando cuanto sea menester sobre las techumbres, á manera de pináculo, este complemento necesario del pilar interior. Vióse la gran fuerza de resistencia que tenia el arco apuntado y su poca propension al aplanamiento, y este miembro utilisimo del nuevo arte de construir frances, acabó de imprimirle la fisonomía de arquitectura vertical, con que quedó para siempre en declarado antagonismo respecto de la arquitectura antigua de todo el universo.

Establecida la teoría del nuevo sistema de construccion, vino la práctica modificando los accidentes de la forma general del edificio religioso, al tenor de la mayor ó menor inteligencia y pericia de las escuelas, de las tradiciones y prácticas de las localidades, de la naturaleza de los materiales, y de las diversas necesidades de las comarcas donde se introdujo.—Basten un par de ejemplos para señalar las modificaciones debidas á la práctica de la arquitectura ojival y la razon lógica de ciertos miembros, ya de construccion, ya de decoracion, que pudieran suponerse introducidos por el mero capricho, siendo en realidad resultado de la ciencia y de la prevision. Demostró la experiencia en la aplicacion de los con-

trarestos á los empujes de las bóvedas, que no era casi nunca el punto matemático de la resultante el paraje al cual convenia aplicar el contraresto. La curva de presiones trazada por el arquitecto en sus arcos-dobles y ojivos, variaba con harta frecuencia por el movimiento de las dovelas, y la deformacion del arco producía una resultante más alta ó más baja que la calculada. En cualquiera de estos dos casos, el arbotante dejaba de contrarrestar el empuje de la bóveda en el paraje oportuno, y lo que se habia imaginado como garantia de solidez, se trocaba en nueva causa de dislocacion y ruina. Cuando se advirtió este peligro, se acudió inmediatamente al remedio, y se vió por primera vez en la catedral de Soissons contrarrestar los empujes de las bóvedas ojivales con arbotantes dobles puestos uno sobre otro, apoyando sus topes en un contrafuerte, que cubre en sentido vertical todos los puntos donde pueda venir á parar la resultante de los empujes, cualquiera que sea la deformacion de las curvas de presion. Los arbotantes dobles empezaron á ser la regla general, como se observa en las basílicas de Reims, San Dionisio, Troyes, Mans y Leon; y ellos dieron origen á los arbotantes abalaustrados y calados, que tanta belleza añaden al exterior de las catedrales de Chartres, Amiens, Eu y otras ciudades.

Otra novedad introducida por la experiencia

como ley inevitable del principio de elasticidad, sin el cual se comprometía la vida de las grandes fábricas ojivales, fué el dejar á los topes de los arbotantes todo el juego necesario para que sus dovelas pudieran libremente descender al hacer asiento el estribo á que estaban aplicadas. Muchos arbotantes se rompieron en la primera edad del sistema por no haber provisto los constructores á todas las contingencias de los asientos.—El deseo de evitarlas introdujo tambien la sustitucion del sillarejo con gruesos lechos de mortero, al mampuesto revestido de sillares, que usaban los constructores de los siglos xi y xii; y para darle rigidez, interpolaron en él, á trechos considerables, trozos de piedra dura, á *contralecho (en délit)*, unidos por medio de hiladas de extraordinario tizon. Pues bien, este aparejo sugirió un bellissimo motivo de decoracion al arquitecto, porque convirtió las piedras puestas á *contralecho* en columnillas; y de aquí tuvieron origen esas lindas arcaturas ornamentales adosadas á los subasamentos y á los paramentos de los contrafuertes, segun observamos en las fachadas de nuestra catedral de Leon y de Nuestra Señora de París.

Si tiene exigencias la necesidad, las tiene tambien el sentimiento de lo bello. Al problema de estática propuesto á los constructores de fines del siglo xii por las imperiosas necesidades de la única monar-

quía sólidamente establecida en la Europa central, en aquella época, siguieron los problemas de estética que ellos á sí mismos se propusieron guiados por el más delicado sentimiento. Tambien en esta tarea les prestó poderosa ayuda la razon, suprema reguladora de todas las disciplinas que no tienen por fundamento la fe, y no disociada por fortuna de la estética, cuyo nombre ni siquiera oyeron, y cuyos preceptos sin embargo observaron como no se han vuelto á observar en el mundo. La ley del equilibrio de los cuerpos, no la exaltacion del principio peligroso, habia producido la llamada construccion *vertical*: esta mera disposicion vertical de las lineas generales, habia forzosamente de sugerir á la imaginacion del artista una decoracion adecuada y una ornamentacion que caracterizasen aún más el destino de la construccion. Coincidencia afortunada, que entró sin duda en el plan divino, fué el presentarse desde luego el templo ojival, aun desprovisto de toda decoracion y ornato, con semejante apariencia de cosa mística y simbólica. Que no sucedió así por mera veleidad humana, siquiera religiosa, lo hemos demostrado; pero dado el fenómeno, no puede negarse que él por sí sólo habia de exaltar la fantasia del arquitecto y proporcionarle motivos con que explayar su inspiracion sin sacar el decorado de sus condiciones racionales. Aquellos incomparables artistas del

siglo XIII, tan sóbrios en el uso de las molduras, que sólo las emplearon para revelar la estructura del edificio, su musculatura, digámoslo así, y las fuerzas físicas de los materiales asociados en su construcción, consiguieron sin embargo dotar de una especie de vida orgánica esas inimitables catedrales; y al obtener este triunfo, auxiliados por la talla y la imaginaria, ni aplicaron jamás motivos extraños al edificio decorado, ni pecaron contra la naturaleza ú oficio del ornato dándole una colocación repugnante á su forma, ora vegetativa, ora geométrica, ora animal; ni pusieron jamás un adorno donde la necesidad, ó al menos la conveniencia, no lo reclamase.

El señor Marqués de Monistrol ha desarrollado con grande habilidad el riquísimo cuadro de la ornamentación ojival en los tres períodos de esta arquitectura, y no es ya necesario acumular más especies sobre la materia. Sólo me atreveré á añadir un concepto, que quizá suene á proposición temeraria en los oídos de los que todavía persisten en creer que el arte de la buena época de la Edad-media tiene sólo cierto valor relativo, como arte de transición, y atendido el estado semi-bárbaro en que se figuran ellos que vivían la Francia y la España de San Luis y San Fernando.—La estatuaria del siglo XIII en ciertas portadas de las catedrales de Isla de Francia, Campaña, Borgoña, Picardía y provincias del Rhin,

en el admirable pórtico de nuestra catedral de Leon, y en la portada del Norte de la catedral de Burgos, se acerca mucho más á la buena estatuaria griega, —no ya á la arcaica egineta, sino á la de Fidias y demás escultores de Atenas, Jonia y Caria—, por su ejecución y su grandeza de estilo, por su sencillez de medios, por el admirable arte de ponderar las masas, por la bella individualidad de sus tipos, y finalmente por la ciencia de las proporciones tomada en cuenta la colocación; muchísimo más que la estatuaria amanerada y teatral del siglo del Renacimiento. Los escultores que labraron esas obras peregrinas, contentos con el nombre modesto de *imagineros*, llegaron á la perfección de su arte por el camino directo del natural, y sin haber estudiado como los Pisanos los mármoles griegos. Unos y otros se encontraron en la misma región de la belleza procediendo por rumbos diferentes, pero en sus tipos conservaron los escultores del Norte de Francia más individualismo y majestad. Fué este admirable arte el resultado de su perseverante estudio y del impulso debido á la racional libertad que gozaron: libertad que algunos de ellos colocaron entre las Virtudes en la ornamentación figurada de los templos. Así en la catedral de Chartres, un distinguido arquitecto francés á quien debe la historia del arte ojival la exposición más científica que hasta hoy se

ha escrito, hace resaltar este hecho; pero yerra en nuestro concepto al atribuir esa inocente licencia del escultor de Chartres á desahogo de un sentimiento de independencia filosófica y racionalista. Parecenos que la *Libertad* allí representada no es otra que la virtud santa que dió á la Iglesia confesores y mártires, y que definió con ideas y palabras de catolicismo muy castizo nuestro Cairasco de Figueroa en la siguiente estrofa de su *Templo militante*:

Con libres ademanes
Y gran comedimiento
Entró la Libertad pisando el suelo;
Llevaba por guzmanes
Verdad, Entendimiento,
Decoro, Discrecion, Justicia, Celo.
De conquistar el cielo
Resolucion mostraba
Armada de paciencia,
De constancia y prudencia,
Diciendo de una cruz que enarbolaba
Con sus piadosas manos:
Esta es la libertad de los cristianos.

Hemos expuesto, aunque con enojoso desaliño, las principales causas que hicieron necesario é inevitable desde fines del siglo XII el paso de la arquitectura horizontal y de resistencia inerte, á la arquitectura vertical de equilibrio y contraresto de

fuerzas; y cómo la forma ojival, con todos sus accidentes, vino á ser en el edificio religioso el resultado lógico, natural, forzoso, casi diríamos fatal, de las necesidades que ese edificio habia de satisfacer. Sin negar que el sentimiento religioso pudiese hallar en la nueva estructura, y lo halló efectivamente, eficaz incentivo para desarrollarse y producir en la esfera de la estética grandes creaciones, hemos debido excluir de una manera perentoria y absoluta la intervencion de ese noble sentimiento en el cambio del sistema general de construccion. La religiosidad de un siglo que produjo reyes santos, filósofos santos, poetas y artistas santos, no ha menester de timbres postizos para brillar esplendorosa y respetada en los anales de la cristiandad. El arte monástico fué cultivado por hombres aun más piadosos, humildes y santos que los artistas seculares y libres que realizaron la sorprendente Catedral gótica; pero es cabalmente una de las glorias de la civilizacion de la Cruz el haber dominado la soberbia voluntad de los artífices, emancipados de la tutela de la Iglesia, hasta el punto de hacerse servir por ellos con todo el esfuerzo de su razon altiva y pujante, y con un entusiasmo especulativo que quizá no habian desplegado los mismos arquitectos é imagineros benedictinos.

Figurémonos una catedral gótica del siglo XIII, acabada y completa, y purgada de las restauraciones

y mutilaciones producidas por las edades posteriores, y comprenderemos fácilmente que los hombres extraños al arte de la construcción vean en la misma osamenta de esa gigantesca mole, un gigantesco simbolismo cristiano, no habiendo de simbólico en ella más que el mero contorno de la planta, representativo del signo de la Redención, y las metáforas de piedra que emplea la sobria decoración de las impostas, frisos, cornisas, capiteles, canes, repisas, archivoltas y balaustradas, estribos, agujas, frontoncillos y pináculos. Todo en efecto en esa mole admirable se representa como sugerido por una sublime inspiración religiosa.—A una y otra banda, largas filas de robustos estribos, que, siendo sencillamente los puntos de arranque de las fuerzas oblicuas dispuestas para contrarrestar los empujes de las bóvedas, aparecen como torres emblemáticas en el murado recinto de la casa del Señor.—Sobre esos estribos, sendos arbotantes que suben á topar en los contrafuertes en cuya vertical se produce la presión de los arcos de las bóvedas; y esos arbotantes semejan puentes aéreos, lanzados al espacio para que suban y bajen por ellos, resbalando con sus piés de jazmín y rosa, los ángeles de Dios que pueblan á bandadas su sagrado templo. Si Gonzalo de Berceo llegó á disfrutar, como es probable, el espectáculo de alguna de nuestras iglesias ojivales, el solo as-

pecto de su fantástica hilera de arbotantes pudo servir de gérmen en su alma casi dantesca para que brotase de ella el siguiente precioso cuadro al escribir la *Vision de las tres coronas*:

Vedia una puente enna madre primera;
avie palmo e medio, ca mas ancha non era:
de vidrio era toda, non de otra madera;
era por non mentiruos paurosa carrera.

Con almátigas blancas de fiuos ojaltones
en cabo de la puent estavan dos varones;
los pechos obresados, mangas et cabezones;
non dizrien el adouo loquele nec sermones.

La una destas ambas tan onrradas personas
tinie enna su mano dos preciosas coronas
de oro bien obradas: omme non vió tan bonas,
nin un omme á otro non dió tan ricas donas.

—En vez de gruesos muros, que ya no son necesarios para el sostenimiento de las bóvedas, encomendado al equilibrio de fuerzas contrarias, delgadas paredes, con todos los vanos precisos para iluminar el recinto interior; y esas anchurosas perforaciones esmaltadas con vidrieras de vívidos colores, al dar paso á una misteriosa luz, trocada al contacto del rayo solar en deslumbradora lluvia de topacios, rubíes y esmeraldas, se presentan á la imaginación fervorosa del creyente como otras tantas revelaciones de las maravillas celestiales.—Los pináculos que coronan

los botareles y los pilares, y que por rigurosa ley de estática son el necesario complemento del peso de todos los apoyos verticales para burlar la acción de los empujes oblicuos; por la decoración animada de sus nichos y frontoncillos, por los frondarios de sus pequeñas agujas, y por la disposición simétrica de sus implantaciones, toman el melancólico aspecto de arbustos fúnebres, y dan al elevado pensil que circuye la techumbre la apariencia de un melancólico cipresal, en que se alojó una turbonada de monstruosos animalillos de un mundo desconocido á la criatura.—Los botareles y pináculos que contornan el ábside, las altas torres que flanquean las tres portadas de poniente, norte y mediodía, y se coronan de elevadísimas agujas; el inmenso, aéreo y calado chapitel, sobrepuesto al crucero en forma de perforado obelisco, que sube á perderse de vista anegándose en las nubes, ó tiñéndose en la líquida púrpura del sol de ocaso cuando la tierra está ya cubierta de sombra, obedecen á las mismas leyes reguladoras del equilibrio y de la estabilidad, soberanas absolutas del mundo físico; y el admirable talento de los arquitectos que erigieron esas torres, esos chapiteles, esas agujas tan majestuosas, atrevidas é imponentes, que en medio de su delgadez desafían la braveza de los huracanes, no consiste tanto en haber levantado á doscientos metros de

altura unos apéndices más ó menos expletivos de la estructura ojival, cuanto en haber descubierto, al cerrar el primer tramo de bóveda, el principio fecundo del contraresto oblicuo, de donde nacen todas las infinitas combinaciones con que se remonta el humilde sillarejo, desde el robusto estribo manchado con el lodo de la tierra, hasta la última hilada de las huecas agujas batida por el ala de las águilas.

¿Y qué mucho también que en el interior de la catedral gótica, ya sea en Reims ó en Leon, ya en Búrgos ó en Toledo, hombres de poética fantasía hayan creído ver un remedo ó recuerdo de las enramadas de las selvas del Norte, al contemplar las elegantes ojivas sostenidas por aquellos esbeltos pilares? Hoy ya no hará mucha cuenta de la ingeniosa hipótesis de Warburton y de Chateaubriand quien recuerde la historia de los penosos estudios y tentativas que hemos bosquejado.

Ya se ve, el templo gótico es bello sin esfuerzo y sin petulancia; es razonado y lógico como la flor, que parece una creación muy sencilla y encierra sin embargo incomprensibles arcanos; es elegante, gracioso é ingenuo sin aparentarlo, como lo es el niño en la feliz ignorancia de sus hechizos. Pero no es mayor la vulgar perspicacia para las grandes obras de los mortales, que para las maravillas creadas por

Dios. Tendió su omnipotente mano en el abismo sin fondo del espacio los hilos invisibles de la atracción que regulan la acompasada marcha de número infinito de planetas, los cuales mueven sus imponderables moles en torno de otros soles, no semejantes quizá al que nos alumbra, ruedas de un reloj inconmensurable en que las horas son días, años, siglos...; y el hombre contempla ese mecanismo maravilloso y aterrador como un simple velo de azulada gasa ó de negro crespon tachonado de oro y brillantes.—Descuella cortando nuestro horizonte la lejana cordillera, construida por el Eterno Artífice con ásperas y gigantestas rocas, profundos abismos y pavorosas gargantas, echando sobre ella el invierno la blanca *dulleta* de nieves que se convierte en el estío en clamorosas cascadas; y nuestros encantados ojos sólo ven en ella un espléndido cortinaje de azul y plata; y aunque sabemos que en los admirables paisajes que Dios pinta los toques son moles de granito, la luz los cien cambiantes del sol, la sombra los esbatimientos de seculares selvas, las veladuras vagarosas nubes, y el ambiente la perfumada atmósfera de los campos,—sin embargo se nos figura que para remedar tales bellezas no tenemos más que dejar correr al azar el pincel por la tersa superficie de una tabla.

Se comprende que la arquitectura ojival se haya

extendido por todas las naciones de Europa exceptuada la Italia. En el suelo clásico del paganismo, donde las basílicas de la ciudad eterna son verdaderos trofeos, testigos los unos de las orgías del palacio de los Césares, delatores los otros de la pompa consagrada á Júpiter Tonante, y coronados muchos con las imágenes de los dioses vencidos; no es en rigor la perfección del arte, sino el prestigio de la historia del Cristianismo, lo que embarga el ánimo y le hace exclusivo admirador de la forma latina. Pero ¿cómo no habían de preferir los demás pueblos á toda otra arquitectura, la que desde el tiempo de Luis el Joven (en 1144) erigia en Francia templos como los de San Dionisio, Noyon y Paris? El arte había descubierto un nuevo mundo: los reyes, los prelados, los pueblos, se lanzaron con afán á beneficiar sus tesoros; el feudalismo señorial y monacal vió en ménos de medio siglo levantarse más catedrales que él tenía castillos y abadías..... Estos se han derrumbado; las catedrales subsisten.

Setecientos veinticuatro años cuenta de existencia la Iglesia abacial de San Dionisio, panteón de los reyes de Francia, que erigió Suger; setecientos ocho Nuestra Señora de Paris; seiscientos noventa y cuatro la catedral de Canterbury, obra de un arquitecto francés; seiscientos sesenta y nueve la de Leon; seiscientos cuarenta y siete la de Búrgos;

seiscientos veinte la de Colonia, templo decano de todas las construcciones ojivales de Alemania. Ninguna iglesia ojival que haya respetado la furia de los hombres, ha sucumbido á la acción destructora del tiempo.— ¡Ah! que los vendavales de sacrílegas revoluciones no vuelvan á conmover esos venerandos monumentos del saber, de la piedad y de la libertad cristiana de generaciones, que, sin aturdir al mundo con la alharaca de una vana ciencia y con los alardes de un arte ampuloso y embaucador, supieron erigir las inimitables Catedrales; y que los peregrinos templos góticos de Castilla, Aragon y Cataluña, en que los constructores españoles rivalizaron con sus maestros los franceses y alemanes, sean estudiados y comprendidos por la juventud consagrada al cultivo del arte, ántes de lanzarse ésta á explorar en espacios imaginarios la futura fisonomía de la arquitectura religiosa y civil!